



PONTIFICIA
**UNIVERSIDAD
CATÓLICA**
DEL PERÚ

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS

Memoria y violencia en *El olvido que seremos*, de Héctor
Abad Faciolince

Tesis para optar el título de Licenciado en Lingüística y
Literatura con mención en Literatura Hispánica que presenta

JUAN CARLOS OLIVA CASTRO

ASESORA: ALEXANDRA IMOGEN HIBBETT DIEZ CANSECO

LIMA, 23 DE MAYO DE 2017

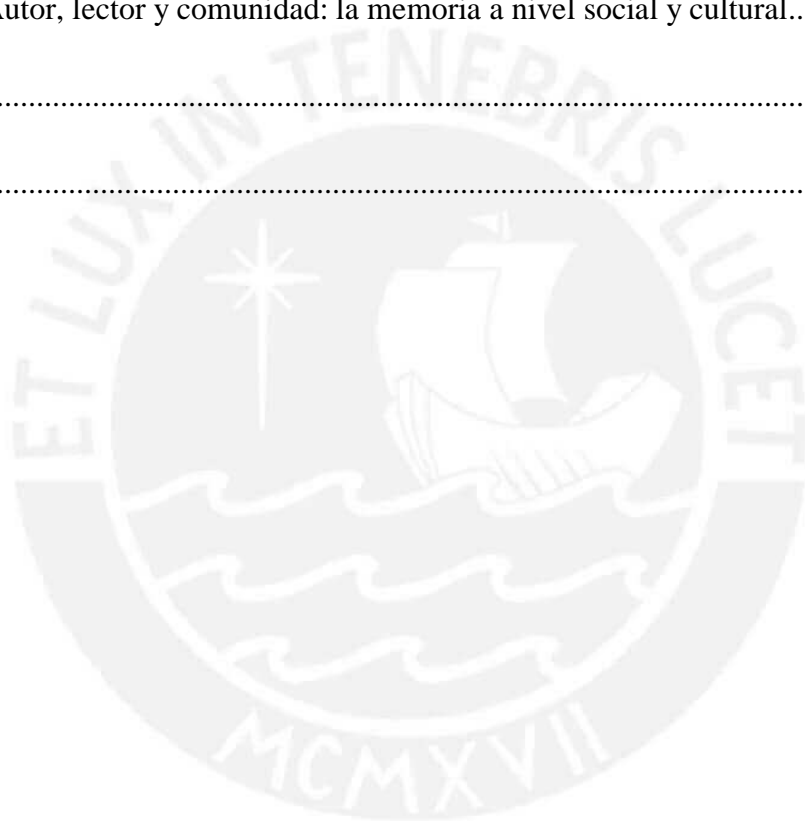
A mis padres, por el constante apoyo.

A Alex. Sin ella, esta tesis no habría terminado de empezar.



Índice

Resumen	4
Introducción.....	5
Capítulo I: La pérdida del padre y el olvido.....	20
Capítulo II: La escritura como respuesta: la memoria a nivel individual.....	41
Capítulo III: Autor, lector y comunidad: la memoria a nivel social y cultural.....	62
Conclusiones.....	80
Bibliografía.....	86



Resumen

La presente investigación consta de un estudio de la novela *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince, y busca trabajar el concepto de memoria que se desarrolla en dicho texto. En el primer capítulo, se pretende demostrar, a partir de una reconstrucción del personaje, por qué la pérdida del padre fue un acontecimiento central en la vida del narrador, quien, luego de un tiempo, buscará respuestas ante la amenaza que representa el olvido. En el segundo capítulo, partiendo de la idea de que, por lo que se desprende de la novela, el olvido es inminente, pero puede alargarse su llegada, se analizará cómo el autor-personaje opta por seguir un camino: la escritura a nivel individual, de autor, la cual le permitirá alargar la llegada del olvido y pasar de la melancolía al duelo, siguiendo términos freudianos. Esta escritura también funcionará a nivel colectivo, en relación con el lector, como se verá en el tercer y último capítulo. En este, se planteará que la memoria individual es un primer paso para la construcción de una memoria colectiva, en la que el narrador encuentre en el lector a un receptor ideal con el que comparta experiencias vividas, empatices y, teniendo al padre como ejemplo de ser humano y héroe en la lucha por la defensa de los derechos humanos, forme una comunidad ética humanista liberal.

Introducción

La presente tesis aborda el estudio de la novela *El olvido que seremos*, del colombiano Héctor Abad Faciolince, publicada en 2006. Específicamente, intenta responder a la pregunta de cuál es la noción de memoria que funciona en el texto, por lo que en cada uno de los capítulos que compondrán esta tesis se buscará presentar una mirada particular del concepto de memoria.

La tesis intentará responder esta pregunta a través del análisis de diversos fragmentos y contenidos de la novela, así como mediante la presentación de elementos teóricos y críticos que dialoguen con ella. Se sostiene que de la novela *El olvido que seremos*, tal como nos adelanta el título, se desprende la idea de que todos los hombres, como elementos de la humanidad, estamos condenados al olvido. Es aquí donde entrará a participar la memoria, pues mediante la fomentación y un uso de correcto de esta, dicho olvido, pese a ser inevitable, podrá demorar un poco, y será la narrativa, particularmente, la que funcionará como vehículo para lograrlo. De este modo, se buscará desentrañar los significados de esta memoria tanto a nivel personal como a nivel social. En ambas esferas, la novela apuesta por una memoria que, basada en la empatía, se muestra a favor de la formación de una comunidad ética humanista liberal.

Como punto de partida, se intentará construir un análisis de la pérdida del padre y de lo que significó para el hijo narrador. Luego de demostrar en qué consistió dicha pérdida, se busca pasar a la idea del olvido inminente y las respuestas que este encuentra en la novela; se examinará qué estrategias utiliza el narrador para fomentar la memoria: en primer lugar, a nivel individual, se busca demostrar que el autor encuentra en la escritura un

mecanismo para sobrellevar un periodo de posconflicto y duelo, y se mostrará qué camino sigue para lograrlo; posteriormente, se abordará la propuesta del autor-personaje respecto a un uso de la memoria asociado a la comunidad: al convocar al lector, de quien espera encontrar experiencias en común, el autor apuesta, a través de su novela, por crear un proyecto de memoria a nivel social y cultural que sostendría los ideales que representa su padre: el humanismo liberal y el respeto a los derechos humanos.

Por otro lado, la elección del tema obedece a varias razones. En primer lugar, en un ámbito personal, *El olvido que seremos* me conmovió como lector. La novela me generó numerosas reacciones de muy distintos tipos la primera vez que la leí. Y es que Abad Faciolince juega con diversos factores que forman parte del día a día: felicidad, angustia, tristeza, pena, dolor; risas, llanto; crecimiento, lecciones, errores, rechazo, apoyo; soledad, familia; vida y muerte. Por otro lado, y es quizá lo que resulta más importante en este momento, me causó interés, principalmente, lo correspondiente al tema de la memoria, que juega un papel fundamental a lo largo de la novela: ¿de qué hablamos cuando hablamos de memoria a partir de la lectura de la novela?, ¿por qué el narrador escoge la escritura para sobrellevar su pérdida?, ¿qué tan útil le resulta este método?, ¿por qué afirma que el olvido es inevitable?, ¿presenta algún objetivo?, ¿propone alguna solución o su actitud es mera resignación?

Elementos críticos

El olvido que seremos tuvo un buen recibimiento por parte de la crítica. Algunas reseñas calificaban a la novela como un relato “bien logrado, contundente y confesional” que, a diferencia de muchas novelas colombianas contemporáneas, perduraría (Montes 7-8)

e, incluso, otras no dudaban en calificarla como una obra maestra (Vargas Llosa, en línea). De este modo, se desprende que, pese a no ser numerosos, también existan estudios críticos (cinco) sobre la obra que abordan la novela en cuestión desde diversas perspectivas. Por ejemplo, se ha reflexionado sobre los conceptos de memoria e historia en la novela, comparándola con *Mi confesión*, testimonio de Carlos Castaño –quien fuera líder del grupo paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia y quien es comúnmente acusado como quien dio la orden de matar a Héctor Abad Gómez, padre de Abad Faciolince– recogido por el periodista Mauricio Aranguren (Reyes 24-30). También se ha elaborado un estudio sobre el sentimiento de culpa en el hijo narrador, y se ha sugerido una posible relación entre la ausencia del padre y la realidad social colombiana (Escobar Mesa 165-195). Además, en el campo formal, se ha realizado un análisis narratológico y semiótico de la novela, que, de todos modos, arroja luz sobre otros aspectos, como la construcción del personaje del padre, a partir de la selección voluntaria de acontecimientos que hace el autor, y el papel que cumple el lector, del cual la autora realiza un análisis (Vélez 4-31). Asimismo, se ha desarrollado un estudio que propone una reflexión sobre verdad, memoria e historia, abordada desde el tiempo presente de la novela y contextualizada dentro del periodo de violencia política en Colombia (Fanta 27-40). Finalmente, se ha propuesto que Abad Faciolince, en varios de sus escritos –dentro de estos *El olvido que seremos*–, propone la existencia de un vínculo entre los hombres y la muerte, particularmente cuando esta se da de forma violenta, para posteriormente abordar el tema de diversas maneras, pero siempre desde la memoria y el olvido (Díaz 7-16). La presente tesis busca aportar en el campo específico de la memoria, tratando el tema a nivel individual y colectivo desde la misma novela. Sin embargo, de distintos modos, los trabajos mencionados resultarán útiles para

complementar el contenido, pues servirán o bien para reforzar ciertas propuestas o bien para, mediante el contraste, plantear nuevas ideas.

Elementos teóricos

Uno de mis propósitos con esta tesis es elaborar, de manera apropiada, un diálogo entre teoría y novela. El marco teórico de esta tesis estará conformado, principalmente, por escritos sobre historia, memoria y olvido. Autores como Tzvetan Todorov y Elizabeth Jelin, por ejemplo, tratan estos temas desde diferentes perspectivas. Estas teorías, junto a otras que serán presentadas más adelante, funcionarán, debido a los objetivos de esta tesis, como herramientas conceptuales para ayudar en la labor de determinar qué noción de memoria y olvido se propone en la novela.

En primer lugar, encuentro fundamental presentar las ideas de Tzvetan Todorov sobre el tema, presentes en *Los abusos de la memoria*. En este texto, Todorov postula que el concepto de memoria se ha entendido de diversas maneras y que es erróneo considerar que se opone al olvido. Una de sus tesis centrales es que la memoria es una interacción entre la supresión (el olvido) y la conservación. Es decir, la memoria, realmente, es una selección: un individuo escogerá conservar algunos rasgos de cierto suceso, mientras que marginará otros para posteriormente olvidarlos. Luego, se centrará en lo que considera el buen uso de la memoria: si bien es cierto es necesario recuperar el pasado, no tiene este por qué regir el presente; al contrario, el pasado estará al servicio del presente para lo que considere apropiado el individuo o la colectividad.

Ante la necesidad de recuperar el pasado, Todorov sugerirá que existen dos tipos de memorias: en primer lugar, la memoria literal, en la cual se preserva el suceso en su

literalidad, “permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo” (30); por otro lado, la memoria ejemplar, en la que, luego de recuperarlo, se utiliza el suceso “como una manifestación entre otras de una categoría más general, y me sirvo de él como de un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes” (31). Es decir, a partir del recuerdo se realiza una generalización y se extrae una lección. De esta manera, el pasado pasa a ser “principio de acción para el presente” (31). Así, si, para Todorov, la memoria literal puede llevar a riesgos, debido a la literalidad del recuerdo, la memoria ejemplar, debido a que usa un suceso del pasado para la acción del presente, será “potencialmente liberadora” (31).

Como se puede apreciar, Todorov se inclina por la memoria ejemplar, la cual tiene un fin, sirve para algo. Nuevamente, la idea es que el pasado se ponga a servicio del presente. Considero, y buscaré demostrarlo en el desarrollo de la tesis, que el narrador hace uso de la memoria ejemplar a nivel individual y colectivo. A nivel individual, recupera un suceso particular de su pasado (el asesinato de su padre) para narrarlo y, a través de la escritura, liberarse; a nivel colectivo, construye una memoria ejemplar para una comunidad de humanistas, con su padre como héroe. Todorov sostiene que mediante la memoria ejemplar se busca crear un nexo común, una especie de conocimiento de hechos similares en diversos individuos para relacionarlos entre sí y establecer semejanzas y diferencias; todo esto para prevenir situaciones similares en un futuro. En el caso de la novela, planteo que se busca crear una comunidad humanista liberal, compuesta por seres humanos pacíficos respetuosos de los derechos humanos.

Un enfoque distinto de la memoria es el propuesto por Jelin en *Los trabajos de la memoria*, texto en el que elabora un estudio de los efectos y las consecuencias que han

dejado los periodos de violencia política en Sudamérica, principalmente en el Cono Sur (es decir, no trata el caso colombiano). En resumidas cuentas, Jelin postulará que no se puede hablar de la memoria como única, sino como una diversidad de memorias: “es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación única del pasado, compartida por toda una sociedad” (39). Estas memorias están en constante lucha y confrontación, y los discursos existentes pueden ser muy variados. Respecto a esto, Jelin se pregunta si puede hablarse de “lo que realmente ocurrió”. La idea de la socióloga argentina es que no se pueden dejar de lado las subjetividades de los agentes: es cada subjetividad en el campo de la memoria la que hará que nazca una necesidad de contar lo sucedido, o bien la que hará que el destino sea que lo sucedido caiga en el silencio. Propongo que esta novela visibiliza esta conexión entre subjetividad y memoria.

Por otro lado, considero que también puede resultar provechoso utilizar textos que no necesariamente aborden memoria y olvido, pero sí situaciones de trauma, pérdida o melancolía, pues permitirán analizar más detalladamente los sucesos que vivió el autor-personaje y los efectos que estos causaron en él. Determinados conceptos teóricos ayudarán a precisar las observaciones sobre la novela presentes en la tesis y a explorar sus implicancias. Para ello, escritos psicoanalíticos freudianos resultarán de gran ayuda. Citando un ejemplo, en “Duelo y melancolía”, Sigmund Freud postulará que pese a las múltiples similitudes entre los estados de duelo y melancolía, se entiende generalmente a esta última como una patología, mientras que el primero es considerado un estado normal luego de la pérdida de un ser querido o algo en particular, como los ideales. He ahí otra diferencia fundamental: en el duelo se sabe qué es lo que se ha perdido, mientras que en la

melancolía no es tan fácil reconocer en qué ha consistido la pérdida. Sin embargo, como se ha mencionado, son estados que guardan una gran semejanza. En palabras de Freud:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. Este cuadro se aproxima a nuestra comprensión si consideramos que el duelo muestra los mismos rasgos, excepto uno; falta en él la perturbación del sentimiento de sí. (“Duelo” 242)

Consideraré ambos conceptos en relación con la conducta del narrador respecto de la muerte de su padre. Indudablemente, el narrador vive un periodo de duelo, el cual buscará superar mediante la escritura, pero lo que, a mi modo de ver, sería útil examinar, a fin de precisar qué noción de memoria presenta la novela, es si este estado de duelo fue previamente melancolía; es decir, si existió ese elemento que, según Freud, distingue a un término del otro: lo que él llama “la perturbación del sentimiento de sí” (242)¹, reprocharse a uno mismo por algo en particular. Afirmo esto porque examinaré si, en la novela, el autor llevó consigo un sentimiento de culpa respecto a lo sucedido, es decir, si se siente en parte responsable del destino de su padre.

Otro escrito freudiano que resultará útil para los propósitos de esta tesis es “Recordar, repetir, reelaborar”, en el cual Freud presenta ideas sobre el desarrollo de la terapia psicoanalítica. En este texto, planteará que es imposible conocer el origen del

¹ Posteriormente, se conceptualizará como trauma (Freud, “Más allá” 1-62).

trauma mediante una narración elaborada por el paciente; sin embargo, el psicoanalista será eventualmente capaz de conocerlo² (aunque nunca del todo, pues siempre hay algo impresentable en el trauma) no porque el paciente lo recuerde, sino por lo que este actúe y repita. Dicha repetición se entiende como el origen de la cura (“Repetir” 152). Estas repeticiones del paciente serán provechosas en cuanto haya un buen manejo de la transferencia³: el paciente debe sentirse completamente libre para que, a través de sus actos, la transferencia cree “un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud de la cual se cumple el tránsito de aquella a esta”; así, “de las reacciones de repetición, que se muestran en la transferencia, los caminos consabidos llevan luego al despertar de los recuerdos, que, vencidas las resistencias, sobreviven con facilidad” (156).

Freud propone la existencia de un paso final: la reelaboración, entendida como el acto de reelaborar la resistencia y “vencerla prosiguiendo el trabajo en desafío a ella” (157). Es en este momento de la terapia cuando realmente se descubren las mociones pulsionales reprimidas que alimentan la resistencia. Freud hace hincapié en la paciencia que debe tener el psicoanalista, pues la reelaboración puede ser una ardua tarea para el analizado, pero “es la pieza de trabajo que produce el máximo efecto alterador sobre el paciente y que distingue al tratamiento analítico de todo influjo sugestivo” (157). Cabe recalcar que la terapia psicoanalítica no hace que el paciente vuelva al estado que tenía antes de sufrir la experiencia traumática, sino que lo deja en una especie de umbral, desde el que podrá actuar libremente y empezar una nueva vida. Consideraré, entonces, qué relación hay entre

² Debe aclararse que no se trata de un hecho “real”, sino de uno psíquico.

³ El terreno de la transferencia es entendido como el de la relación del enfermo con el médico (“Más allá” 18). En la transferencia, “el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo actúa. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, sin saber, desde luego, que lo hace (“Repetir” 151-152).

la propuesta freudiana y la novela: ¿el autor logra reelaborar un estado inicial de resistencia y es capaz de contar su verdad?

Además, para los propósitos de esta tesis, incluiré ideas de Judith Butler, Fredric Jameson y John Beverley. Butler aparecerá en esta tesis en el momento en que se aborde el rol del padre en cuanto a figura social, pues para ella existen “vidas dignas de atención, vidas que valiera la pena preservar, vidas que merecieran reconocimiento” (61), como también existen seres humanos que mueren y son olvidados por completo; son “muertos que no dejan ninguna huella” (61). Estos conceptos serán empleados al momento de hablar del personaje del padre y de Carlos Castaño, líder paramilitar. Como veremos, según el contenido de la novela, el padre tuvo una vida que merece ser recordada, pero Castaño está lejos de no haber dejado huella; por el contrario, es recordado más de una vez por el narrador. Se pretende, entonces, examinar con cuidado la distinción que establece el autor-personaje en todo momento entre estas dos figuras y considero que la propuesta de Butler resultará útil para lograrlo.

Las ideas de Jameson, por otra parte, podrán encontrar relación con la novela al asociar la postura del personaje Abad Faciolince con rasgos de la posmodernidad. En esta era, según Jameson, existe una crisis de la historicidad que “nos obliga a retornar, de una manera renovada, al problema general de la organización temporal (...) y, en definitiva, al problema de la forma del tiempo, de la temporalidad, y de la estrategia sintagmática que ha de adoptar en una cultura cada vez más dominada por el espacio y por una lógica espacial” (61). La idea es que se pierde el tiempo histórico, y predominan el espacio y la simultaneidad. Esto puede echar luz sobre la memoria en la novela en cuanto a su relación

con la temporalidad histórica. El estudio de si el narrador es parte de dicha crisis o no será materia de discusión en el segundo capítulo.

Por último, Beverley resultará útil para entender el efecto de los rasgos testimoniales de la novela: en “Anatomía del testimonio”, sostiene que una de las características de este es que “siempre delata, aunque sea tácitamente, la necesidad de cambio social estructural. De ahí que la complicidad a que invita la voz testimonial produzca en el lector la sensación de que a través del testimonio llega a formar parte de un movimiento mundial de oprimidos de todo tipo” (14). Puede encontrarse relación entre esta cita y *El olvido que seremos* en cuanto la novela presenta, en más de una oportunidad, una demanda ante la sociedad, y también ante una falla del Estado y su sistema de justicia. Se buscará determinar de qué manera funciona el reclamo del autor y cómo este pasa a ser representación de todos los otros afectados por la violencia política, sin que esto signifique que la novela tenga todos los aspectos que Beverley le otorga al testimonio.

Observaciones sobre el género de *El olvido que seremos*

Si bien *El olvido que seremos* cuenta con algunos rasgos del testimonio según Beverley, debe aclararse que no es una producción que pertenezca a este género. El carácter testimonial de este texto, siguiendo a Beverley, se ve reflejado, como se ha mencionado, en la demanda que realiza el narrador ante el statu quo, particularmente el Estado y el sistema de justicia. Pero no es la única muestra de esta apariencia testimonial: hay que considerar el hecho de que el autor del relato se muestra a la vez como el narrador, quien es a la vez el personaje principal. Es decir, autor, narrador y personaje se muestran como uno solo, y es él quien testimonia y reclama.

La mayoría de artículos críticos reseñados consideran que *El olvido que seremos* es una novela (Escobar Mesa, Reyes y Vélez). En la presente tesis, se comparte esta idea. Sin embargo, es necesario especificar que no se trata de una novela común. Generalmente, al hablar de una novela, se hace referencia a hechos y personajes ficticios. En este caso, el relato de Héctor Abad Faciolince, utilizando elementos distintivos de una novela, retrata una serie de acontecimientos que presenta como reales, protagonizados por diversas personalidades que, en efecto, existen o existieron. Es un detalle que hay que tener en cuenta, pues considero que, con esto, el narrador busca un mayor acercamiento, a nivel histórico y social, hacia el lector, quien, a su vez, se siente también en una posición más cercana respecto a los protagonistas de las acciones. El narrador presenta rasgos aparentemente autobiográficos, busca dar la impresión de que se presenta tal y como es ante el lector, y hace lo mismo con los demás personajes. El lector, ante esto, toma como ciertos los elementos que el narrador ha presentado. Así, habría que determinar qué rasgos comparte esta narración con una novela y, más específicamente, ante qué tipo de novela se encuentra el lector. Para ello, resulta apropiado pensar en el concepto de autoficción.

En palabras de Julien Roger, “la autoficción no se define por una serie de reglas o de normas (como el soneto o la tragedia) sino por la percepción que el lector tiene del libro que está leyendo”. Reforzando esta idea, Roger diferencia la autoficción de la autobiografía, la cual se alejaría del género novelesco: “La autobiografía, por ejemplo, exige un pacto de lectura claro (veracidad de los hechos narrados), mientras que la autoficción plantea un pacto de lectura indeciso e indecible” (229). La autobiografía, entonces, no podría ser considerada una novela por la falta de los elementos ficcionales anteriormente mencionados, los mismos que son planteados para lograr un pacto de lectura:

“(…) lo que cuenta en la autoficción, al contrario que en la autobiografía, no es tanto el enunciado de los hechos reales sino la enunciación o, más bien, el contrato de lectura” (228). El rol del lector en una novela de autoficción es, por lo tanto, fundamental, pues será quien corresponda a lo que propone el narrador. A propósito de dicho contrato, Lionel Souquet, al referirse a la obra de Fernando Vallejo, afirma que este “se imbuye –o pretende imbuirse– de franqueza, y para ello firma un pacto de lectura en el que se compromete, o por lo menos así lo parece, a decir la verdad y a mostrarse tal y como es, con «humildad», sin máscaras” (251). Será esta sinceridad (que también aplica para el caso de Abad), esta apariencia de estar contando la verdad, la que permitirá una mayor cercanía entre narrador y lector.

Sin lugar a dudas, Abad Faciolince presenta diversos elementos autobiográficos en *El olvido que seremos*, pero “la posibilidad de una autobiografía clásica se ve entorpecida por la inclusión de elementos que parecen responder a una marcada obsesión por la creación artística y literaria, por la subversión de los elementos típicos de esa clase de relatos” (Vara Ferrero 211). Podría afirmarse, entonces, que el carácter novelesco de esta producción literaria tiene origen en la manera como se narran los hechos. Mario Vargas Llosa afirma que se trata de “una historia verdadera que es asimismo una soberbia ficción por la manera como está escrita y construida”, y esa construcción radica en

(…) una prosa que nunca se excede en la difusión del sentimiento, precisa, clara, inteligente, culta, que manipula con destreza sin fallas el ánimo del lector, ocultándole ciertos datos, distrayéndolo, a fin de excitar su curiosidad y expectativa, obligándolo de este modo a participar en la tarea creativa, mano a mano con el autor” (en línea).

El control que muestra el narrador sobre los hechos genera que la autenticidad de estos, es decir, su inmediatez previa a la narración, se vea alterada. El orden elegido, el escoger qué se cuenta y qué no, y la calidad de la prosa constituyen, así, los elementos ficcionales del relato.

Estas observaciones sobre el género de *El olvido que seremos* resultan importantes en cuanto no se debe vincular la novela con la realidad histórica, sino que, mediante la autoficción, se busca presentar un contenido que resulte más subjetivo que la historia y que le otorgue más realismo a la ficción. La novela busca acercarse al lector y conseguir su empatía, y es la narrativa de autoficción la que sirve para lograr este propósito. Todo esto resultará clave para entender la memoria colectiva que ejerce la novela, la cual será materia de análisis en el tercer capítulo de esta tesis.

Organización y división

Para probar la hipótesis, se dividirá el trabajo en, como ya se ha mencionado, tres capítulos. El primero de estos referirá a la pérdida que vivió el autor-personaje: ¿qué es el pasado que se quiere recordar?, ¿por qué se le quiere recordar? Partiendo de la reconstrucción de los hechos narrada por él mismo, se presentará la muerte del personaje del padre y lo que significó este suceso en la vida del autor-personaje. La muerte del personaje Héctor Abad Gómez es el acontecimiento central de la novela, aunque, curiosamente, no se narra hasta el final. Este suceso se da durante una época de violencia política; Héctor Abad Gómez es asesinado por miembros de un grupo paramilitar, lo que genera un profundo dolor en el personaje Abad Faciolince, el cual lo lleva, incluso, a no poder escribir sobre dicho acontecimiento por casi veinte años, pese a intentarlo, según

relata, en más de una ocasión. De este modo, este capítulo parte preguntándose en qué consistió la pérdida y qué fue lo que se perdió, por qué lo marca de tal manera. Asimismo, este capítulo también examinará qué significó para el narrador la forma en que murió su padre: violentamente, en medio de un contexto sanguinario. Finalmente, se establecerá la relación existente entre la pérdida y el olvido. Todo esto servirá para demostrar que la pérdida –y la manera en que se dio– es la que hace necesario el ejercicio de memoria que es el libro.

Como siguiente paso, en el capítulo II se presentarán las que podrían ser llamadas estrategias de la memoria en la novela; es decir, formas en que puede fomentarse la memoria para así hacer un uso –según la novela, apropiado– de esta. Si bien, como se ha dicho, el olvido, para Abad, es inevitable –y el hombre, como tal, está condenado a este–, es posible alargar su llegada. Para lograrlo, él probará suerte con la escritura. De esta manera, si en el primer capítulo se trataba de qué manera aparecía la noción de olvido en la novela y qué peligros representaba para el narrador, en esta segunda parte habrá que partir no preguntándose cómo el narrador intenta evitarlo –posibilidad inexistente para el autor–, sino de qué manera propone responder ante la amenaza que representa. Así, se planteará que la respuesta de Abad es, en un primer plano, respecto a sí mismo, a nivel individual, la búsqueda por fomentar la memoria, en aras de procurarse mayor bienestar como individuo. Se intentará demostrar que, para esto, la forma elegida por el colombiano es, principalmente, el proceso de escritura. Es en este capítulo donde se llevará a cabo un análisis del comportamiento del narrador a partir de conceptos freudianos y se verá cómo la superación del trauma personal, a través de la escritura y su rol en procesar la pérdida, marca un primer paso para la fomentación de la memoria que se busca. Esta segunda parte

de la tesis, entonces, se centrará en la utilidad de la memoria para Abad Faciolince como narrador, a nivel individual, mediante la escritura, la cual no es de cualquier tipo, sino de uno específico: es una narrativa literaria, clara, pública, que llama a la empatía del lector.

El capítulo de cierre propondrá que, gracias a las estrategias para la fomentación de la memoria, es decir, en el caso de Abad, a partir de reconstruir los hechos de su vida y presentarlos en una narrativa, el pasado como herramienta para la superación no se queda en el nivel individual, sino que pasa a una dimensión social. En esta parte final, en base a los capítulos anteriores, discerniré qué entiende el autor por memoria y por qué o en qué sentido se trata de algo bueno. La respuesta a la que llegaré es que el autor busca fomentar la memoria en tanto propone, a la vez, una mejora individual y social, es decir, el establecimiento de una memoria colectiva, como una unión de subjetividades –o varias memorias– con puntos en común. La memoria, en la novela, es positiva porque crea cierta comunidad: una de seres humanos pacíficos que, con el padre como héroe, respetan la vida, rechazan la religiosidad conservadora y muestran empatía entre sí; en otras palabras, una comunidad de humanistas liberales.

Capítulo I: La pérdida del padre y el olvido

Este primer capítulo iniciará con una breve descripción del personaje del padre, a partir de una revisión de la narración del autor, para posteriormente pasar a lo que será la materia de análisis de esta parte de la tesis: lo que significa la pérdida para el autor-personaje. Considero que este análisis es necesario porque le permitirá al lector de esta tesis conocer los temas que el texto resalta, a través de la historia del duelo individual, como los que necesitan recordarse. Se examinarán también las implicancias de un factor específico de la muerte de su padre, Héctor Abad Gómez: el carácter violento que tuvo esta. Se explicará cómo, a partir de esta pérdida, aparece el olvido como una amenaza inminente que obtendrá como respuesta, por parte de Abad Faciolince, el uso de la memoria, el cual será materia de examinación en los próximos capítulos.

El personaje del padre

El olvido que seremos, de Héctor Abad Faciolince, es una novela que, como se explicó en la introducción, cuenta sucesos que son presentados como autobiográficos. Es un recuento por parte del narrador, quien es el autor a la vez, sobre distintos episodios a lo largo de su infancia, juventud y adultez que comparten un aspecto en común: están conectados, de algún modo u otro, con la presencia de su padre, el personaje Héctor Abad Gómez, quien, según indica la novela, cumplía un rol determinante y sumamente positivo en su vida. Hacia su padre sentía un amor incalculable, y, desde la primera página de la novela, el lector es capaz de apreciar esto: “El niño, yo, amaba al señor, su padre, sobre todas las cosas. Lo amaba más que a Dios. Un día tuve que escoger entre Dios y mi papá, y escogí a mi papá” (11). Estamos, me parece, ante un amor potente, un amor filial intenso e

hiperbólico, cercano a lo idílico. En lo que el narrador catalogará como la primera discusión teológica de su vida, llega a decir que era capaz de rechazar el cielo si su papá no estaba con él; con tal de que su papá estuviera a su lado, habría preferido ir al infierno (11-12). Este amor extremo es explicado por el narrador: “Yo quería a mi papá con un amor que nunca volví a sentir hasta que nacieron mis hijos (...) Yo sentía que a mí nada me podía pasar si estaba con mi papá” (12). Es decir, su padre le daba esa seguridad que muchos creyentes encuentran en Dios⁴. En su padre, a quien amaba con “amor animal” (13) – entendido como irracional y profundo–, encontraba, de la misma manera que los creyentes en Dios, tranquilidad, armonía; lo reconfortaba: “Yo sentía por mi papá lo mismo que mis amigos decían que sentían por la mamá. Yo olía a mi papá, le ponía un brazo encima, me metía el dedo pulgar en la boca, y me dormía profundo” (13). Entonces, entendiendo cómo veía el autor-personaje a su padre, resulta más fácil comprender el profundo dolor que causó en él su pérdida. Al sostener que “la idea más insoportable de mi infancia era imaginar que mi papá se pudiera morir” (12), el mismo narrador afirma que pensar en un mundo en el que no contara con su padre le resultaba catastrófico, pues, siguiendo con lo expuesto, significaba la pérdida de su Dios.

La familia del narrador estaba compuesta, casi en su totalidad, por mujeres: cinco hermanas y su madre, además de su padre. Asimismo, en su casa vivían cuatro mujeres más: una anciana niñera, dos muchachas del servicio y una monja (11). Así, el personaje Abad Faciolince, único hijo hombre en una familia de mujeres, creció en un hogar mayoritariamente femenino en el que su padre constituía su única imagen masculina, lo

⁴ Reforzando esta propuesta, más adelante el narrador sostiene que, cuando su padre regresaba a Colombia luego de largos viajes y lo veía aproximarse en el aeropuerto, “pocas veces yo he sentido ni volveré a sentir un descanso y una felicidad igual, pues ahí venía mi salvador, mi verdadero Salvador” (112).

cual originó que sintiese un fuerte apego hacia él, y viceversa: “Tal vez el hecho de haber sido el único hijo varón, y el quinto de la casa, haya provocado la predilección de mi papá, o quizá sea más bien al revés, mi predilección por él lo llevó a preferirme” (33).

El personaje Abad Gómez es visto por el narrador como un modelo, cuyo único error –si así se le puede llamar– como padre fue haberle “manifestado y demostrado un amor excesivo” (24)⁵. En la novela, esta influencia se puede apreciar más detalladamente en la siguiente cita:

Era, y en parte sigue siendo, una presencia constante en mi vida. Todavía, aunque no siempre, le obedezco (él me enseñó también a desobedecer, si era necesario). Cuando tengo que juzgar algo que hice o algo que voy a hacer, trato de imaginarme la opinión que tendría mi papá sobre ese asunto. Muchos dilemas los he resuelto simplemente apelando a la memoria de su actitud vital, de su ejemplo, y de sus frases. (25)

Se menciona, entonces, que el narrador, en algunos casos, toma en cuenta lo que su padre hubiese pensado ante una situación en concreto. Sus opiniones resultan relevantes, y es capaz de decidir luego de tomarlas en cuenta. Si bien este detalle de por sí ya es llamativo, es aun más relevante el hecho de que muestra esta actitud aún años después de que su padre muriera; pese a que ya no podía preguntarle directamente, el personaje Abad Faciolince imaginaba cómo respondería su padre en un contexto específico. Esto, determinado por lo que significó a lo largo de su vida, permite afirmar que el personaje

⁵ Posteriormente, criticará sus actitudes machistas, pero esto no llega a hacer titubear la adoración que sentía hacia él.

Abad Gómez se convierte, así, en un ejemplo, en un modelo a seguir⁶: emular las decisiones que hubiese tomado su padre es el mejor camino para realizar las propias.

En *El olvido que seremos*, además, se presenta al padre del autor-narrador como un médico que dedicó gran parte de su vida al desarrollo de la medicina social en Medellín y, en sus últimos años, a la defensa de los derechos humanos. Desde que el narrador era niño, Abad Gómez realizaba labores sociales en barrios pobres de Medellín (40) y su mayor preocupación era proveer a esta ciudad de agua limpia y potable (42-43). Siendo estudiante, denunciaba en medios escritos que el agua de la ciudad estaba contaminada y que causaba tifoidea; debido a esto, tildaba al Municipio de Medellín de “vergüenza nacional”. Tras estas denuncias, logró que lo llamaran a una sesión del Concejo, donde pudo exponer sus ideas y propuestas. Posteriormente, conseguiría que se construya un acueducto adecuado para la ciudad (43). Asimismo, se preocupaba por la calidad de la leche y los refrescos, que también podían ser causa de enfermedades, como tuberculosis. Gracias a su ímpetu, logró que fuera obligatorio pasteurizar debidamente la leche antes de venderla (44, 48). Para él, el agua limpia y potable era el punto de partida para la prevención y cura de enfermedades. Sin embargo, su preocupación por los pobres generó rechazo en algunos. “A los más ricos les parecía que, con su manía de la igualdad y la conciencia social, estaba organizando a los pobres para que hicieran la revolución” (49), por ejemplo. También encontró repudio en muchos médicos clínicos, pues su activismo iba en contra de grandes proyectos privados. Todo esto causó que se le considerara, desde el sector católico conservador, poderoso en aquella época, como un marxista estructurado, un peligroso izquierdista y un médico comunista (48-51).

⁶ Hacia el final de la novela, el propio narrador confirma esta idea al catalogar su texto como “un homenaje a la memoria y a la vida de un padre ejemplar” (274).

Por otro lado, según lo que se cuenta en la novela, en 1987, año de su muerte, se vivía una época en la que el conflicto armado interno colombiano había acentuado su gravedad: “crecía de nuevo la epidemia cíclica de la violencia que había azotado el país desde tiempos inmemoriales” (204). La novela cuenta que Abad Gómez fue un férreo opositor a la violencia en todas sus formas, viniera de donde viniera, y realizaba diversas actividades desde donde ejercía la libertad de pensamiento y expresión: manifestaciones pacíficas, denuncias públicas, cartas a funcionarios, publicación de artículos, foros, conferencias, entre otros actos que recibían la indiferencia del Gobierno. No solo denunciaba al Estado y a los grupos paramilitares, sino también al sector guerrillero de izquierda (206-208).

Todos estos rasgos reflejan la naturaleza humanista liberal de su padre. Héctor Abad Gómez representaba una fuerza moderna, opuesta a la Iglesia tradicionalista, la cual se asocia, más bien, con su madre, sobrina del arzobispo de Medellín, quien, debido a su condición de huérfana, había sido como un padre para ella. La madre es presentada como una mujer católica practicante a tal punto que creía que una monja podía curarla de las jaquecas que sufría, del mismo modo que disfrazó a una de sus hijas de monja (56-57). Esta oposición era vista, en palabras del narrador, como “si en mi propia familia se viniera librando una guerra parecida entre dos concepciones de la vida, entre un furibundo Dios agonizante a quien se seguía venerando con terror, y una benévola razón naciente” (69). Se cuenta, además, que este conflicto no había surgido en su familia nuclear, sino que provenía de muchos años atrás, tanto en la familia de su mamá como en la de su papá: su abuela materna provenía de “una estirpe de godos rancios y de recatadas costumbres cristianas” (69) y tenía hermanos curas. Su abuelo, por el contrario, fue “un liberal de buen humor y

mente abierta” (70). Años después, un acontecimiento similar ocurrió con sus padres: su madre, educada por un arzobispo “con las reglas del catecismo más estricto”, se casó con su padre, “otro radical alegre” (71). Al respecto, Abad Faciolince cuenta que el hecho de que “una muchacha de origen conservador se casara con semejante liberal era como una alianza entre Montescos y Capuletos” (71). Para el narrador, tanto en el caso de su abuela materna como en el de su madre, existió una contradicción: ambas fueron “por temperamento, profundamente liberales, tolerantes, avanzadas para la época, sin una brizna de mojigatería”, pero “tenían que ocultar este espíritu dentro de ciertos moldes externos de devoción católica y pacatería aparente” (71).

En cuanto al lado paterno, “las cosas no eran tampoco más nítidas” (73). Pese a haber nacido también en una familia goda y apegada a la tradición, el abuelo del narrador fue el primer liberal de los Abad, familia cuyos miembros habían sido conservadores por más de cien años. Su condición le valió tensiones a nivel familiar y diversas amenazas a su vida (73-74). En la siguiente generación, las diferencias siguieron apareciendo: si bien Abad Gómez siguió el ejemplo liberal de su padre, otro de sus hijos, Javier, se ordenó como cura del Opus Dei, “la orden religiosa más derechista del momento, esa que (...) parecía haberse inclinado por una opción preferencial por los ricos” (75).

Así, las disputas llegaron a su hogar, donde también se vivía una “lucha entre la tradición católica más reaccionaria y la Ilustración Jacobina, aunada a la confianza en el progreso guiado por la ciencia” (76), representadas, desde luego, por la madre y el padre, respectivamente. Pese a la formación católica que recibió Abad Faciolince, existe en el autor un rechazo hacia la religión oficial, hacia ese “mundo fantasmal, oscurantista, alimentado durante el día, poblado de presencias ultraterrenas que intercedían por nosotros

ante Dios, y territorios amenos o terribles o neutros del más allá”, contrapuesto al “mundo material y más o menos comprensible por la razón y por la ciencia” (77). El autor-personaje sostiene que era “un alivio dejar de creer en espíritus, ánimas en pena y fantasmas, no tenerle miedo al Diablo ni sentir temor de Dios”, y su padre le pedía que vaya a misa solo para que su madre no sufra, no sin antes decirle que “todo eso es mentira” (77). De esta manera, se entiende que la figura divina del narrador no haya sido Dios, sino su padre, quien, opuesto al conservadurismo católico, representaba el humanismo liberal: Abad Gómez es descrito por el hijo, en medio de una formación escolar religiosa y el tradicionalismo materno, como un hombre que “desmentía a los profesores, criticaba a la monja por su espíritu medieval y mojigato, sacaba al Infierno de la geografía de la ultratumba, que quedaba reducida a una Terra Incógnita, y restablecía el orden en el caos de mis pensamientos” (85). Como humanista liberal, Abad Gómez instruía a su hijo con “métodos caseros contra la educación escolar” (92), religiosa y tradicional, mediante la lectura de una serie de libros que promovían la racionalidad y la liberación mental. Este rechazo a la religión oficial tanto por el padre como por el narrador se sintetiza en la siguiente cita: “Entre dos pasiones religiosas insensatas, una masculina, en el colegio, y otra femenina, en la casa, yo tenía un asilo nocturno e ilustrado: mi papá” (85).

La pérdida del personaje Abad Gómez fue también la pérdida de un liberal y un luchador por el bienestar social, un hombre que, desde diversas plataformas, buscaba la justicia y la paz, en tiempos difíciles a nivel sociopolítico. El padre, de esta manera, aparece como un personaje distinto: en un contexto de conservadurismo represor y violencia descontrolada, era capaz de criticar el comportamiento de más de un bando y no tomar partido, de forma explícita, por ninguno. Su activismo político, más bien, estaba enfocado

en los menos favorecidos, los más necesitados. En líneas generales, era un hombre ejemplar no solo para su hijo, sino también para la sociedad.

Respecto a esta imagen social, Judith Butler, al hablar del caso de Estados Unidos y sus distintos conflictos bélicos, señala que, públicamente, se entiende que existen “vidas dignas de atención, vidas que valiera la pena preservar, vidas que merecieran reconocimiento” (61). La descripción hecha por el autor-personaje a lo largo de la novela tiene como fin otorgar este tipo de valoración al personaje del padre. Dirá Butler también que, por el lado contrario, hay hombres cuyas vidas, una vez han muerto, son olvidadas por completo: “no sólo se trata de una muerte pobremente marcada, sino de muertes que no dejan ninguna huella” (61). Al matar a Abad Gómez, los paramilitares intentaban reducirlo a dicha condición. Considero apropiado pasar a hablar de Carlos Castaño, considerado como el gran responsable del asesinato de Abad Gómez y otras muertes, que recién es mencionado y descrito hacia el final del texto. Los rostros que se oponen, en la novela, al del personaje Héctor Abad Gómez son aquellos como el del líder paramilitar: asesino, cruel, sanguinario; un rostro que representa el lado negativo de la humanidad. Sin embargo, el caso de Castaño está lejos de ser olvidado o de no dejar huella. Por el contrario, es recordado más de una vez en la novela, pero siempre con desprecio:

Carlos Castaño, el jefe de las AUC, ese asesino que escribió una parte de la historia de Colombia con tinta de sangre y con pluma de plomo, ese asesino a quien al parecer mataron por orden de su propio hermano, dijo algo macabro sobre esa época. Él, como todos los megalómanos, tiene la desvergüenza de sentir orgullo por sus crímenes, y confiesa sin pena en un libro sucio: «Me dediqué a anularles el cerebro a los que en verdad actuaban

como subversivos de ciudad. ¡De esto no me arrepiento ni me arrepentiré jamás! (...) Ahora estoy convencido de que soy quien lleva la guerra a su final. Si para algo me ha iluminado Dios es para entender esto.» (267-268)

En esta cita, se encuentran algunos elementos en los que vale la pena detenerse. En primer lugar, Castaño menciona que no se arrepiente ni se arrepentirá de lo que hizo, es decir, de todos los asesinatos que cometió. Esto se contrapone a la autocrítica que realiza Abad Faciolince en diversos momentos, respecto tanto a errores propios como a otros cometidos en vida por su padre. Por otro lado, Castaño menciona que su papel en el conflicto guarda relación con Dios, quien lo ha iluminado para entender que es él quien pondrá punto final a la guerra. Esto, desde luego, marca un claro contraste entre la religiosidad oficial, rechazada y cuestionada por padre e hijo, y el humanismo liberal, que es propagado por el autor-personaje a lo largo de la novela.

En aquel mismo libro al que hace referencia Abad⁷, Castaño dirá que los encargados de las ejecuciones “eran unos verdaderos nacionalistas que nunca me invitaron ni me enseñaron a eliminar persona sin razón absoluta. Me enseñaron a querer y creer en Colombia” (268). Tal defensa de la violencia, que se basa en o utiliza un discurso patriótico, merece la siguiente descalificación del narrador: “No voy a citar más a este patriota, se me ensucian los dedos” (268). El uso de la ironía en esta frase, al llamarlo “patriota”, denota un notorio rechazo ante las ideas de Castaño, pues el narrador-personaje considera que no le hizo ningún bien a Colombia. Quizás, al mismo tiempo, Abad Faciolince realiza una crítica al patriotismo. Esto se vincula con que, en *El olvido que seremos*, la memoria apuesta por la especie humana en general, pues el narrador busca

⁷ El libro es un testimonio de Carlos Castaño recogido por el periodista Mauricio Aranguren. Véase: Aranguren, Mauricio. *Mi confesión. Revelaciones de un criminal de guerra*. Bogotá: Ovejá Negra, 2001.

involucrar a cualquier ser humano que haya sufrido una pérdida similar a la suya, como se verá más detalladamente en el tercer capítulo, mientras que el discurso de Castaño se centra en Colombia (“patriotismo”) y representa a un solo lado de la sociedad. Padre e hijo, por el contrario, se constituyen como humanistas liberales, y el rechazo al líder paramilitar pasa a ser un claro desprecio cuando el autor-narrador sostiene que al hablar de él se le “ensucian los dedos”. Castaño, bajo su visión, no merece ser recordado. Es más, su simple recuerdo entorpece el buen ejercicio de memoria, centrado en la figura del padre.

Cabe recordar que el propósito de los asesinos era eliminar a personajes como Héctor Abad Gómez de la esfera pública, y en *El olvido que seremos* se busca contrarrestar esa intención. Volviendo a Butler, puede decirse que la novela intenta invertir los polos: Carlos Castaño debe ocupar el lugar del que no es digno de recuerdo; debe ser recordado solamente como un hombre inmoral y como representante del lado negativo de la humanidad, pero su memoria no debe ser emblemática.

Como ya se ha expuesto, el narrador construye al personaje del padre de una manera cercana a lo idílico; sin embargo, esto no significará que Héctor Abad Gómez, desde la visión del autor-personaje, haya estado libre de defectos. El propio Abad Faciolince indica claramente que no le interesa “hacer hagiografía” ni “pintar un hombre ajeno a las debilidades de la naturaleza humana” (220). Lo acusa de ser demasiado susceptible, con vanidad de sobresalir; su pasión de justicia llegaba a convertirse en un fanatismo; era ingenuo, manipulable, entre otras características que demostraban su lado negativo. Asimismo, le adjudica un “inevitable sedimento machista” (59), reflejado, por ejemplo, en el hecho de que le dedicara mucho más tiempo de conversación seria y de enseñanza a él que a sus hermanas (33). Del mismo modo, critica que inicialmente se negara a que su

madre trabajara y adquiriera “independencia física y mental” (59). Es decir, pese a lo mucho que lo pueda haber admirado, respetado y amado, el narrador retrata a su padre como alguien que podía ser vulnerable ante las debilidades de la naturaleza humana; en otras palabras, lo presenta como un ser humano; un hombre bueno en muchos aspectos, pero que también cuenta con un lado negativo que puede ser cuestionado.

Entonces, al perder a su padre, el narrador pierde un ideal personal, al ser que más amó; pierde a un ser humano con complejidades que, pese a los defectos que pudo haber tenido, era un modelo a seguir en un nivel íntimo y familiar. Asimismo, con la muerte de Abad Gómez, se pierde a un héroe político social (luchador que buscaba el bienestar social, en especial en beneficio de los más pobres, y opositor a la violencia en todas sus formas), cuyos actos son dignos de recordarse en cuanto representan una ideología humanista liberal, que se opone al conservadurismo religioso.

Además, pierde a la persona que lo introdujo en el mundo de las letras y la escritura, en el que Abad Faciolince, posteriormente, encontrará su vocación: gracias a su padre, descubrió, siendo aún muy niño, lo que es escribir: “Mientras mi papá daba clase, yo lo esperaba sentado en su escritorio y me ponía a dibujar, o al frente de la máquina de escribir, a fingir que escribía como él, con el dedo índice de las dos manos” (19). El autor-personaje cuenta que, en aquel entonces, no sabía escribir, pero realizaba una serie de garabatos en la máquina de escribir de su padre, quien lo felicitaba por su labor. Este temprano gusto generó que su padre le enseñara a mecanografiar adecuadamente, y cuando, años después, Abad Faciolince entró al colegio, aprendió “en un segundo” a leer y escribir, “como por encanto, como si hubiera nacido sabiendo leer” (20). El narrador no duda en reconocer la

importancia de su padre en este aprendizaje: “Yo aprendí, gracias a su paciencia, todo el abecedario, los números y los signos de puntuación en su máquina de escribir” (21).

Asimismo, de su padre aprendió, cuenta Abad Faciolince, “algo que los asesinos no saben hacer: a poner en palabras la verdad, para que ésta dure más que su mentira” (259)⁸. Escribir, entonces, como acción, entendiéndose como recordar, es, además, un homenaje a su padre: se imita su ejemplo, se siguen sus pasos. Hay que tener en cuenta que su padre realizaba su labor activista mediante escritos: escribía notas en tabloides criticando al Municipio de Antioquia (43), ponencias en contra de la violencia (204), cartas de denuncia a escuadrones de la muerte, las mismas que buscaban una respuesta por parte del Gobierno (207), y artículos en importantes periódicos, como El Mundo y El Tiempo, que cuestionaban incluso acciones de algunos miembros del Estado colombiano (214-216). Cabe anotar que, en la última cita, se presenta otro contraste: mientras su padre era capaz de escribir la verdad –de igual manera que el narrador, quien sigue su ejemplo–, los asesinos no podían hacerlo, y su acción, “su mentira”, duraba menos que la verdad escrita. Así, al perder a su padre, Abad Faciolince pierde también al pilar de su identidad como escritor, tema que se retomará en el segundo capítulo.

La muerte violenta

En la novela de Abad Faciolince, se menciona también que la acción y el pensamiento del personaje Abad Gómez eran asociados por los demás a la doctrina marxista –a pesar de que no lo había leído–, por lo que era considerado por muchos sectores participantes de la guerra como un enemigo peligroso. Debido a esto, en medio de

⁸ Podría considerarse que este enfrentamiento con los asesinos se relaciona con búsqueda por una memoria colectiva y social por parte del autor-personaje, la cual será materia del tercer capítulo, pero considero importante mencionarlo en esta parte, pues todo surge de una acción individual del narrador.

un ambiente caracterizado por el caos y la violencia, “(...) cayó Héctor Abad Gómez, víctima de la peor epidemia, de la peste más aniquiladora que puede padecer una nación: el conflicto armado entre distintos grupos políticos, la delincuencia desquiciada, las explosiones terroristas, los ajustes de cuentas entre mafiosos y narcotraficantes” (205). Cabe revisar que, para el narrador, su padre ha sido víctima de la “peor epidemia”, de una “peste” que es al mismo tiempo la “más aniquiladora que puede padecer una nación”. El carácter violento es indesligable de la muerte de su padre, y es también un detalle que tendrá en cuenta al momento de recordarlo a lo largo de su vida y de escribir la novela.

Héctor Abad Gómez, como todo ser humano, tuvo defectos y virtudes. Asimismo, debido a su condición humana, iba a morir. Era una certeza, pues es el destino de todos: “Hay una verdad trivial, pues no hay duda ni incertidumbre al decirla, que sin embargo es importante tener siempre presente: todos nos vamos a morir, el desenlace de todas las vidas es el mismo” (229). El propio narrador es consciente de este detalle y lo hace explícito: “Sabemos que nos vamos a morir, simplemente por el hecho de que estamos vivos” (231). Es decir, si hablamos de vida, hablamos de muerte. Es el destino final y no existe escapatoria. Pero hay distintos tipos de muerte, y una resulta más tolerable que otra. Para el autor,

[d]e todas las muertes posibles hay una que aceptamos con bastante resignación: la muerte por vejez, en la propia cama, después de una vida plena (...) Ya mayor, conservando los sentidos y rodeado de los seres queridos. Esa es la única muerte que aceptamos con tranquilidad y con el consuelo de la memoria. Casi todas las otras muertes son odiosas y las más

inaceptables y absurdas son la muerte de un niño o de una persona joven⁹, o la muerte causada por la violencia asesina de otro ser humano. (231)

La muerte representa un mismo destino para todo ser humano, un mismo fin, pero el autor-narrador marca una distinción, la cual está asociada a cómo ocurre esta: como se vio en la sección anterior, su padre fue un ser humano amoroso y querible, respetable, sabio, que buscaba la justicia en más de un campo (salubridad pública y derechos humanos). Entonces, un hombre así, se entiende, merecería morir en cama, a una edad avanzada. La muerte es inevitable, pero si se diera de manera armoniosa y natural, por más que represente una pérdida, podría aceptarse con mayor facilidad. Y al personaje Héctor Abad Gómez le ocurre todo lo contrario: sufre, como sostiene el narrador, una muerte causada por la violencia de otro ser humano, una muerte que ocasiona en él un dolor y una rabia que no se mitigan, un asesinato que nunca podrá aceptar con tranquilidad (231-232).

En relación con el tipo de muerte que tuvo Abad Gómez, se cuenta en la novela que, pocos días antes de la tragedia, apareció una lista en la que su nombre figuraba como posible víctima de asesinato, debido a su activismo político (232). El autor-narrador menciona que, días antes de que ocurriera, su padre ya especulaba sobre su muerte. Al respecto, afirma que “ya estaba, sin duda, preparado para morir, pero esto no significa que quisiera que lo mataran” (234). Del mismo modo, recuerda una entrevista en la que Abad Gómez, tras ser interrogado sobre la posibilidad de que ello ocurriera, sostiene lo siguiente:

⁹ Con esta mención, probablemente, se recuerda a Marta, hermana del narrador e hija de Abad Gómez, quien muere a los dieciséis años, víctima del cáncer, un hecho determinante en la vida familiar, que, en palabras de Abad Faciolince, “partió en dos la historia de mi casa” (150). Es un suceso relevante dentro de la narración de Abad (151-174), pero no considero necesario tratarlo con detalle para los propósitos de esta tesis. Sin embargo, sí resulta pertinente indicar que, luego de la muerte de Marta, el compromiso social de Abad Gómez “se hizo más fuerte y más claro. Su pasión de justicia creció y sus precauciones y cautelas se redujeron a nada” (180). Desde la crítica, se ha considerado que esta pérdida genera el “decaimiento del héroe” (Vélez 22), pues, debido a ella, Abad Gómez “se desencanta de su vida” (Escobar 187).

Yo estoy muy satisfecho con mi vida y no le temo a la muerte, pero todavía tengo muchos motivos de alegría: cuando estoy con mis nietos, cuando cultivo mis rosas o converso con mi esposa. Sí, aunque no le temo a la muerte, tampoco quiero que me maten, ojalá no me maten: quiero morir rodeado de mis hijos y mis nietos, tranquilamente (...) una muerte violenta debe ser aterradora, no me gustaría nada. (234-235)

Creo que este fragmento es bastante oportuno para entender mejor lo que significó la pérdida para el autor-narrador. Con lo expuesto hasta el momento, se comprende qué papel cumplía el padre en la vida del personaje Abad Faciolince: se ha indicado que sentía hacia él un amor excepcional, que le brindaba confianza y seguridad, como si fuera Dios, y encontraba en él a un modelo a seguir; además, era un hombre que, manifestándose en contra de la violencia de todo tipo, luchaba por la justicia y la paz a nivel social, y buscaba el bienestar de los menos favorecidos. Así, resulta comprensible que el dolor que dejó este suceso no solo radique en lo que se perdió, sino también en la manera en que ocurrió la tragedia. La muerte violenta genera que el sufrimiento de Abad Faciolince sea más difícil de sobrellevar: Abad Gómez merecía una muerte que reflejara el valor de su vida, es decir, que reflejara un reconocimiento colectivo e íntimo de su figura. Sin embargo, muere acribillado en un espacio público, por asesinos anónimos.

Es pertinente resaltar que esta visión no era exclusiva del hijo narrador. En el entierro de su padre, el personaje Carlos Gaviria, un amigo de la familia, recordaría a Abad Gómez como, en términos del autor, “la figura del humanista enfrentado a un país que se degrada” (248):

¿Qué hizo Héctor Abad para merecer esta suerte? La respuesta hay que darla, a modo de contrapunto, confrontando lo que él encarnaba con la tabla de valores que hoy impera entre nosotros. Consecuente con su profesión luchaba por la vida, y los sicarios le ganaron la batalla (...) Su conciencia de hombre civilizado y justiciero lo había decidido a hacer de la lucha por el imperio del derecho una tarea prioritaria, cuando los que tienen asignada esa función dentro del Estado muestran más fe en el convite de las metralas.

(248)

Así, estamos ante un doble contraste: por un lado, la distinción entre la muerte que debió haber tenido Abad Gómez (pacífica, a causa de la edad) y la muerte que finalmente tuvo (violenta, sanguinaria), que no mereció; por otro, recordando lo expuesto en la sección anterior, existe una diferencia entre un “nosotros” y el hombre que se fue. Lo que este encarnaba era distinto a lo que “impera entre nosotros”, a la situación que atravesaba Colombia. Al eliminar a un “hombre civilizado y justiciero”, los sicarios, los que muestran fe en el “convite de las metralas”, desaparecieron, de la peor manera, a un hombre bueno; despojaron de su humanidad a un humanista. Esta idea encuentra refuerzo cuando el narrador cuenta, desde la mirada de su hermana Clara, lo que sucedió cuando la jueza tuvo que llevarse el cuerpo de su difunto padre: “Levantaron el cuerpo entre varios, de pies y manos, y lo lanzaron de mala manera en la parte de atrás de una camioneta, lo tiraron con violencia, como si fuera un bulto de papas, sin ningún respeto, y eso me dolió, como si le estuvieran quebrando los huesos, aunque ya no sintiera” (250). Cabe anotar, también, que, al ser lanzado como “un bulto de papas”, una figura deshumanizada, no solo se empleó la violencia en el momento de la muerte, sino también posteriormente. De aquí se desprende

que la memoria, reflejada en la novela, sea un intento de devolverle la humanidad y, así, contrarrestar el dolor que causó su muerte violenta.

El olvido

Hasta el momento, se ha analizado a quién se pierde y así comenzamos a entender por qué es recordado. Los rasgos que tuvo en vida Héctor Abad Gómez, sumados –y en contraste– a la violenta muerte que sufrió, generan en el autor-narrador una necesidad de recordar. Así, para lograrlo, apela al ejercicio de memoria que es *El olvido que seremos*. Sin embargo, en este escenario, existe la posibilidad de que el recuerdo caiga en el olvido. Esta posibilidad de pérdida absoluta motiva también el ejercicio de memoria que es la novela.

Abad Faciolince propone que luego de un periodo de posconflicto o trauma, llegará el olvido, y es importante entender esto para discernir qué lugar queda para la memoria según la novela. En esta, el olvido se caracteriza por dos aspectos: en primer lugar, por representar una amenaza: es categorizado como un peligro, tanto a nivel individual como social; y, en segundo lugar, por su condición de inevitable: el paso del tiempo trae consigo la llegada del olvido. Si bien, como se ha analizado, el asesinato de su padre lo marcó de gran manera, es consciente de que su recuerdo, como sucedería con cualquier otro, será finalmente olvidado. Esta idea aparece, en la novela, cuando se cuenta que, en el entierro de Héctor Abad Gómez, otro personaje, el novelista Manuel Mejía Vallejo, emitió, al lado de la tumba, un discurso que Héctor Abad Faciolince seguiría recordando muchos años después:

Vivimos en un país que olvida sus mejores rostros, sus mejores impulsos, y la vida seguirá en su monotonía irremediable, de espaldas a los que nos darán la razón de ser y de seguir viviendo. Yo sé que lamentarán la ausencia tuya y un llanto de verdad humedecerá los ojos que te vieron y te conocieron. Después llegará ese tremendo borrón, porque somos tierra fácil para el olvido de lo que más queremos. La vida, aquí, están convirtiéndola en el peor espanto. Y llegará ese olvido y será como un monstruo que todo lo arrasa, y tampoco de tu nombre tendrán memoria. Yo sé que tu muerte será inútil, y que tu heroísmo se agregará a todas las ausencias. (247-248)

En esta cita, se presenta a Colombia como un país que olvida, de manera general y no según casos específicos. Es un país en donde la vida se convierte en el “peor espanto” y en donde el olvido es un monstruo que “todo lo arrasa”. Pareciera, de este modo, que en este discurso se aplica un concepto de olvido en tanto es el efecto de un poder totalitario: de ahí que sea un monstruo que arrasa y que toda muerte resulte inútil. En palabras de Abad Faciolince, lo que hizo Mejía Vallejo fue hablar de “la amenaza inminente del olvido” (247). El olvido está visto en la narrativa de Abad como peligro, como amenaza, como algo que debe evitarse. El olvido, además, es inminente e inevitable, lo cual resulta incluso contradictorio. En el caso de Abad Gómez, no solo eliminará el recuerdo (nivel individual), sino todo lo que significó su muerte dentro de la época de violencia política (nivel social).

El olvido es inevitable porque, según el punto de vista del narrador, todo está destinado a desaparecer: todos los seres humanos, todos los recuerdos, todas las experiencias: “Todos estamos condenados al polvo y al olvido, y las personas a quienes yo he evocado en este libre o ya están muertas o están a punto de morir o muchos morirán –

quiero decir, moriremos–, al cabo de unos años que no pueden contarse en siglos sino en decenios” (272). Ligado a esto, cabe decir que el recuerdo existe, como bien lo demuestra el autor-personaje: permanecerá en la memoria por un determinado tiempo, pero, ante la amenaza del olvido, fracasará y desaparecerá:

Todas estas personas con las que está tejida la trama más entrañable de mi memoria, todas esas presencias que fueron mi infancia y mi juventud, o ya desaparecieron, y son solo fantasmas, o vamos camino de desaparecer, y somos proyectos de espectros que todavía se mueven por el mundo. En breve todas estas personas de carne y hueso, todos estos amigos y parientes a quienes tanto quiero, todos esos enemigos que devotamente me odian, no serán más reales que cualquier personaje de ficción, y tendrán su misma consistencia fantasmal de evocaciones y espectros, y eso en el mejor de los casos, pues de la mayoría de ellos no quedará sino un puñado de polvo u la inscripción de una lápida cuyas letras se irán borrando en el cementerio. (272-273)

Mediante esta cita, se puede apreciar que la inminencia del olvido genera en el autor-personaje un sentimiento cercano al pesimismo, tema que será analizado con mayor detenimiento en el segundo capítulo. El olvido, además, encuentra en el narrador una aparente resignación: “volver a integrarnos a la nada es, sí, la peor desgracia, pero al mismo tiempo, también, el mayor alivio y el único descanso, pues ya no sufriremos con la tragedia, que es la conciencia del dolor y de la muerte de las personas que amamos” (273). Dentro de esta tragedia, hay un factor, podría llamarse, reconfortante: se olvidará al ser que amamos y llegará la tranquilidad.

Sin embargo, digo que su resignación es aparente, parcial, porque, pese a lo que conlleva, el autor-narrador se niega a que el olvido llegue: “Aunque puedo creerlo, no quiero imaginar el momento doloroso en que también las personas que más quiero –hijos, mujer, amigos, parientes– dejarán de existir, que será el momento, también, en que yo dejaré de vivir, como recuerdo vívido de alguien, definitivamente” (273). De esta manera, lo que quiero proponer ahora es que la inevitabilidad del olvido es, en realidad, el punto de partida para la construcción de la memoria en la novela: si bien el olvido es inminente, se puede alargar su llegada, y de ahí la urgencia de la escritura. Mediante ciertas estrategias, el autor buscará fomentar la memoria. Abad Faciolince buscará en la escritura el camino para lograr su propósito: “yo lo iba a recordar siempre, y (...) lucharía por rescatarlo del olvido al menos por unos cuantos años más, que no sé cuánto duren, con el poder evocador de las palabras” (273). Dicho de otro modo, se desprende que, al final de cuentas, es posible salvar el recuerdo del olvido, por más que este rescate sea parcial, y será materia de los siguientes capítulos analizar de qué manera funciona la escritura en la novela para lograrlo, en tanto corresponde a la noción de memoria en el plano individual y social.

Resumen del capítulo

Mediante un breve acercamiento a la figura del personaje del padre, presentando información de este y sobre su relación con Abad Faciolince, se ha buscado demostrar con este capítulo que el asesinato de Héctor Abad Gómez representa un tipo de pérdida particular: se perdió un un padre-Dios, luchador por el ser humano y la humanidad (humanista liberal), que confía en los demás, amoroso, pero que, al presentarlo asimismo como un ser humano, es también capaz de cometer errores. Su muerte, además, se dio de forma violenta, lo cual genera, teniendo en cuenta lo que representó Abad Gómez en vida,

que el autor la perciba como injusta y que le resulte imposible vivir un duelo simple. Luego de esto, se ha pretendido demostrar que, en la novela, la memoria se hace necesaria para hacer frente al olvido, pues este determina el punto de partida para la postura que adopta el narrador: el olvido es inevitable, pero se puede alargar su llegada mediante la fomentación de la memoria, y, en el plano individual, Abad Faciolince optará por la escritura. Esta mirada de la noción de memoria corresponde a lo que se presentará en el siguiente capítulo de la presente tesis.



Capítulo II: La escritura como respuesta: la memoria a nivel individual

Como se ha visto a lo largo del Capítulo I, el asesinato del personaje del padre es un hecho que marca notablemente al autor-narrador, y el propósito de este capítulo será analizar las consecuencias de este suceso y presentar cómo aparece posteriormente la noción de memoria en la novela, en un plano individual, en contraposición al olvido. Como se ha mencionado anteriormente, esta novela propone que es posible salvar el recuerdo del olvido, pese a que este rescate sea parcial. En palabras del narrador, “alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo” (255) es el camino a seguir respecto a su padre. Lo que busca el autor-personaje con su texto es, en gran medida, fomentar el uso apropiado de la memoria, y, para llegar a este, la estrategia empleada por el narrador será la escritura. En el presente capítulo, buscaré demostrar que si en la novela de Abad Faciolince el olvido aparece como un peligro inminente, el narrador buscará hacerle frente mediante la escritura, la cual funcionará, primero, a nivel personal como mecanismo para sobrellevar un periodo de posconflicto o trauma.

Duelo y melancolía

El personaje Abad Faciolince no estuvo en el momento de la muerte de su padre; se dirige al lugar de los hechos luego de haber recibido una llamada. Sobre el momento en que alcanza a ver a Abad Gómez, cuenta lo siguiente:

En ese momento no puedo llorar. Siento una tristeza seca, sin lágrimas. Una tristeza completa, pero anonadada, incrédula. Ahora que lo escribo soy capaz de llorar, pero en ese momento me invadía una sensación de estupor. Un asombro casi sereno ante el tamaño de la maldad, una rabia sin rabia, un

llanto sin lágrimas, un dolor interior que no parece conmovido sino paralizado, una quieta inquietud. Trato de pensar, trato de entender. Contra los asesinos, me lo prometo, toda mi vida, voy a mantener la calma. Estoy a punto de derrumbarme, pero no me voy a dejar derrumbar. ¡Hijueputas!, grito, es lo único que grito, ¡hijueputas! Y todavía por dentro, todos los días, les grito lo mismo, lo que son, lo que fueron, lo que siguen siendo si están vivos: ¡Hijueputas! (245)

Sobre esta cita hay mucho por decir. En primer lugar, sobre el momento en sí, llama la atención la incapacidad de llorar que muestra el autor. Considero que permite apreciar la magnitud del hecho para él; su asombro, el estado de shock, da a entender que toda lágrima, acción o palabra era en vano, pues no podía corresponder a lo sucedido. Luego, el grito de “¡hijueputas!” hace pensar en un reclamo; pese al estado de shock, se aprecia que hay un impulso, un sentimiento adentro, que hace que grite y se muestre capaz de dar a mostrar su desprecio; su actitud denota una clara indignación ante lo sucedido. Pero es un grito: más que una narración que ordena, es un ruido que expresa mero dolor. Además, cuenta que todos los días, desde entonces, les sigue gritando lo mismo, desde adentro, a los asesinos. Ante esto, la memoria será su respuesta, una más elaborada que el grito.

De esta manera, luego de la muerte de su padre, el autor cree conveniente escribir sobre lo sucedido. El narrador menciona que, pese a haber realizado numerosos intentos, recién es capaz de hacerlo casi veinte años después: “Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante esos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al menos, de contarla” (254). No obstante, le había resultado imposible:

No he escrito en tantos años por un motivo muy simple: su recuerdo me conmovía demasiado para poder escribirlo. Las veces innumerables en que lo intenté, las palabras me salían húmedas, untadas de lamentable materia lacrimosa, y siempre he preferido una escritura más seca, más controlada, más distante. Ahora han pasado dos veces diez años y soy capaz de conservar la serenidad al redactar esta especie de memorial de agravios.

(255)

El hecho de que el narrador haya intentado escribir “innumerables veces” da a entender que sentía una necesidad de hacerlo, pero no pudo lograrlo. En relación con esto, Elizabeth Jelin sostiene que “[l]a necesidad de contar puede caer en el silencio, en la imposibilidad de hacerlo” para luego afirmar que “[q]uienes optan por ese silencio no por ello encuentran tranquilidad y paz” (112), lo cual ocurre, coincidentemente, con el autor-personaje, quien recién es capaz de escribir y, con ello, liberarse casi veinte años después. Para Abad Faciolince, no se trata solo de escribir, sino de escribir bien, que para él es de manera calmada y ordenada, distante y sin caer en un exceso de sentimentalismo.

En relación con este detalle, Mario Vargas Llosa sostiene que

[e]l libro es desgarrador pero no truculento, porque está escrito con una prosa que nunca se excede en la efusión del sentimiento, precisa, clara, inteligente, culta, que manipula con destreza sin fallas el ánimo del lector, ocultándole ciertos datos, distrayéndolo, a fin de excitar su curiosidad y expectativa, obligándolo de este modo a participar en la tarea creativa, mano a mano con el autor. (en línea)

Este éxito, alcanzado luego de una serie de fracasos en la intención del autor-personaje de escribir serenamente lo sucedido, puede guardar relación con dos términos propuestos por Sigmund Freud en la segunda década del siglo XX: duelo y melancolía. Relacionados entre sí, guardan muchas similitudes, pero, sostiene Freud, la melancolía es generalmente entendida como una patología, mientras que el duelo es visto como un estado normal luego de la pérdida, sea esta de un ser querido o algo en particular, como los ideales. El duelo no suele ser considerado un estado patológico; de hecho, suele catalogarse como un proceso normal luego de una pérdida significativa: “es, por regla general, la reacción frente a la pérdida de una persona amada” (“Duelo” 241). Es más, se cree que eventualmente se superará; el duelo no debe ser perturbado, pues el paso del tiempo se encargará de erradicarlo. En el duelo se sabe lo que se ha perdido, mientras que en la melancolía no es tan fácil reconocer en qué ha consistido la pérdida. Sin embargo, la principal diferencia entre duelo y melancolía es la siguiente:

La melancolía se singulariza en lo anímico por una desazón profundamente dolida, una cancelación del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones y se extrema hasta una delirante expectativa de castigo. Este cuadro se aproxima a nuestra comprensión si consideramos que el duelo muestra los mismos rasgos, excepto uno; falta en él la perturbación del sentimiento de sí. (242)

A la luz de esta cita, voy a mostrar en lo siguiente que el narrador sugiere que vivió, durante estos casi veinte años, un periodo de melancolía, que eventualmente pudo llegar a

un duelo. Si se revisan las características de estos conceptos, es posible apreciar que la reacción de Abad Faciolince coincide con la propuesta freudiana: una profunda desazón (expresada por el autor como “una tristeza completa” (245), “un dolor sin atenuantes” (261 a causa de la muerte de su padre), la pérdida del interés por el mundo exterior (en todo lo que no recuerde al muerto) y de la capacidad de amar (el muerto no puede tener reemplazo), y la inhibición de toda productividad. Estos últimos rasgos guardan relación con la incapacidad mostrada por Abad Faciolince, durante muchos años, para producir texto alguno. Su improductividad literaria, como ya se ha podido apreciar en una cita anterior, está ligada a la ausencia y al recuerdo de su padre, figura que el narrador considera irremplazable.

Entonces, puede afirmarse que, eventualmente, vive un proceso de duelo, pero habría que preguntarse si antes estuvo en un estado de melancolía. Según Freud, lo que distingue a un término del otro es un solo rasgo: “la perturbación del sentimiento de sí” (242); es decir, reprocharse a sí mismo por algo en particular (“autorreproches, “autodenigraciones”, “expectativa de castigo”, en palabras de Freud). Para el narrador, en la cita anterior, el buen recordar es uno calmado, no lacrimoso. Escribir serenamente es la opción que él considera apropiada para recordar, pero es incapaz de hacerlo. Las lágrimas representarían la melancolía, el reproche y la denigración hacia sí mismo, y por ello las rechaza. Escribir serenamente, entonces, representa el duelo: se rechaza la memoria sentimentalista y lacrimosa porque no es duelo, sino melancolía.

Para Abad Faciolince, escribir sobre el asesinato de su padre no solo era una manera de sobrellevar la pérdida, sino que contar lo sucedido representaba un “deber ineludible”

(254)¹⁰. Creo que acierta Augusto Escobar cuando sostiene que parte del objeto del texto es “recuperar el tejido de esa memoria contra los asedios del olvido” (170). Y lo hace porque, mediante esta recuperación, una memoria apropiada sirve al individuo para pasar de la melancolía (el trauma) al duelo. Para lograrlo, al personaje Abad Faciolince escribir le resulta fundamental. Incluso llega a decir lo siguiente: “mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que siento que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora” (232). Al respecto, expresa Escobar que

[I]a novela es una manera de ejercitar la memoria y el olvido o, como bien lo dice el protagonista, “una prótesis para recordar” (Abad, 2006: 272). El narrador-autor rebuja en su memoria y en la de los otros con la avidez del arqueólogo que sigue la pista al menor indicio de huellas del pasado que se ocultan en los más insospechados pliegues y repliegues de sí y de la enmarañada realidad colombiana. (179)

Estoy de acuerdo con Escobar. La elaboración de la novela es, para el personaje, una exploración en un periodo que abarca muchos años, lugares y circunstancias, y que tiene su punto central en el asesinato del personaje del padre. Es este acontecimiento, concretamente, el que hará que el autor-personaje examine sus memorias. Como se puede apreciar en la cita previa, para el personaje Abad Faciolince los libros son “una prótesis para recordar”, pero también son un “simulacro de recuerdo” (272). Habría que detenerse en estos términos, pues tanto prótesis como simulacro son palabras que denotan condición de sucedáneo, de imitación, de lo que es parecido pero no igual; de no ser real, original o

¹⁰ El deber existe tanto para sí mismo, a nivel personal, como para la sociedad, a nivel colectivo; veremos el aspecto colectivo en el próximo capítulo.

auténtico. Y creo que esto puede deberse a que, en la narrativa de Abad, los libros y la escritura en general no son la memoria del hombre, sino tan solo un medio para fomentarla. Así, la escritura funciona en la novela como una plataforma a la que un hombre puede recurrir para la superación de un proceso de trauma.

Por otro lado, es posible pensar que el autor-narrador muestra un sentimiento de culpa tras la muerte de su padre. En la novela, Abad Faciolince narra dos episodios de su infancia que considero pertinente presentar: en unas vacaciones familiares, su hermana Sol, quien se encontraba en un muelle, cayó al mar. El narrador, su único acompañante en ese momento, se quedó viendo cómo se ahogaba, pese a que él, a diferencia de su hermana, sí sabía nadar. Él era consciente de que debía ayudarla a salir del agua, pero se quedó paralizado, incapaz de moverse, “con la más asquerosa cobardía metida en el cuerpo, incapaz de tirarme y salvarla, incapaz incluso de pedir ayuda” (132). Pese a que cada vez su hermana se iba ahogando más, él seguía quieto y mudo, “temblando de miedo mientras ella se moría”. Instantes después, un niño de su misma edad se lanzaría al agua y la salvaría. Él, por su parte, “seguía ahí, paralizado, mirando a mi hermana toser y vomitar agua y llorar y respirar otra vez, abrazada a mi mamá”. Su padre lo tomó por los hombros y le dijo: “Por qué no hiciste nada”. El autor-personaje cuenta que dicha frase fue enunciada en “un tono neutro, distante, en voz muy baja. No era ni siquiera un reproche”, pero sí se constataba tristeza en sus palabras, una “oscura decepción: por qué no hiciste nada, por qué no hiciste nada” (132). Abad Faciolince piensa no solo en la falta que cometió al poner en peligro la vida de su hermana, sino también en cómo decepcionó a su padre, y se reprocha por ello. Las palabras de Abad Gómez intranquilizan a su hijo, quien las repite en su conciencia. La narración del suceso acaba con la siguiente reflexión: “Y aunque mi hermana no se ahogó,

a mí me quedó para siempre la honda sensación, la horrible desconfianza de que tal vez, si la vida me pone en una circunstancia donde yo deba demostrar lo que soy, seré un cobarde” (133).

En otra oportunidad, Sol, el narrador y su padre fueron a una feria de libros. Abad Gómez les dijo a sus hijos que cada uno podía elegir un libro para llevar a casa. Mientras su hermana, influenciada por los comentarios de su padre, escogió un libro de cuentos de Oscar Wilde, Abad Faciolince compró uno titulado *Las reglas oficiales de todos los deportes*. Pese a que su padre intentó disuadirlo, el narrador se mantuvo firme en su decisión. Ya en casa, el autor-personaje “intentaba entender las reglas del fútbol americano, que ni esa vez ni nunca pude comprender”, mientras su padre leía en voz alta un cuento de Wilde, “El ruiseñor y la rosa”. El narrador, tras abandonar la lectura del libro de reglas, escuchaba la historia del cuento, “hasta que al final, cuando el pájaro muere traspasado por la espina del rosal, yo mismo cerré mi libro y me acerqué a ellos, humilde y arrepentido” (138). Lo que sostiene hacia el final de la narración de este suceso es clave: “Creo que me sentí casi tan miserable como la vez en que no había sido capaz de salvar a mi hermana en su caída al mar, y creo que mi papá estaba casi tan decepcionado de mí como esa otra vez” (138). Es decir, no solo sus actos (no haber salvado a su hermana o comprar un libro de deportes) originan el arrepentimiento del narrador, sino también la decepción que, en ambos casos, muestra su padre. El autor-personaje es plenamente consciente de que obró mal cuando nota a su padre defraudado, y esto origina un sentimiento de culpa que recordaría años después al escribir la novela.

Desde la crítica, se ha dicho que la novela deja de ser una biografía del padre para pasar a funcionar como una confesión agónica por parte del narrador (Escobar 174)¹¹. Escobar propone que en la novela, conforme va avanzando la producción del narrador, “unas cosas se desnudan y otras permanecen en la sombra” (179-180). En sus palabras, “lo que hace el narrador en ese viaje por el padre, su sociedad y sí mismo [es] intentar desenmarañar aquello que se oculta en los repliegues de su conciencia” (180). Se trata, por lo tanto, de una confesión que funciona como liberación, como catarsis. Para Escobar, *El olvido que seremos* es una “confesión que busca remisión” (181):

Es la historia de un yo testigo que confiesa amaba tanto a su otro yo (el padre) más que a sí mismo y que a cualquier otro ser posible o imaginable. (...) El padre y él son uno solo para constituir una trinidad: el padre, el hijo, y el hijo que quiere ser el padre, y termina siéndolo al liberarse con la muerte (...). La muerte de su otro yo le permite, ahora, reconstruir su verdadera imagen negada. (182)

Siguiendo la propuesta de Escobar, el narrador confiesa una culpa, que tiene origen en el amor idílico que sentía hacia su padre, expuesto en el primer capítulo de esta tesis. Luego de la muerte de Abad Gómez, “el hijo emprende el camino de su propia identidad escindida por el amor sin límite al padre y el odio a los persegutores del padre, por tanta vida (en el amor) y la mucha muerte padecida (ausencia definitiva del padre), para recuperar una voz que no tenía porque tanto amor avasallaba” (182), y esto se puede corroborar cuando el autor-personaje expresa que “[u]n papá tan perfecto puede llegar a ser insoportable” (196). Recordar, de esta manera, no es solamente pasar de la melancolía (manifestada también en

¹¹ Escobar planteará que este sentimiento de culpa y conciencia infeliz se debe a que el sujeto cultural ha sido mediado por el cristianismo (“ser hijos de una falta y culpa original” (176)).

el amor idílico hacia su padre) al duelo, sino también la posibilidad de que el narrador, mediante una confesión que produzca catarsis, recupere su voz, se libere y redescubra su propia identidad.

El tiempo permitió que se pueda superar la situación y Abad Faciolince logró el perdón consigo mismo, su liberación, siempre en relación con la capacidad que demuestra, veinte años después, para poder escribir serenamente, de una manera “más seca, más controlada, más distante”, la cual es necesaria para el autor, pues el exceso de sentimentalismo es “siempre un riesgo grande en la escritura de este tipo” (255). Lo que ha hecho el paso del tiempo, utilizando las mismas palabras del propio autor-personaje, es convertir la herida en cicatriz: “Ahora han pasado dos veces diez años y soy capaz de conservar la serenidad al redactar esta especie de memorial de agravios. La herida está ahí, en el sitio por el que pasan los recuerdos, pero más que una herida es ya una cicatriz” (255). La escritura, entonces, ayuda al narrador en este proceso de cicatrización; en conceptos freudianos, ayuda a superar la melancolía y pasar al duelo. Sintetizando esta idea, Andrea Fanta dirá que dicha cicatriz “es el duelo que, llevado a cabo, le permite acceder a un lenguaje que comunique más allá del profundo dolor” (32).

Ahora, de esto no se debe entender que el narrador ha olvidado lo ocurrido. Esto último puede verse reflejado en la cita que coloqué al inicio de este capítulo: “Y todavía por dentro, todos los días, les grito lo mismo, lo que son, lo que fueron, lo que siguen siendo si están vivos: ¡Hijueputas!” (245). El hecho de que grite todos los días denota que a diario recuerda a su padre y su asesinato; sin embargo, para concluir con esta idea, ya no tiene aquel reproche hacia sí mismo que existía en el pasado, manifestado en la narrativa lacrimosa y en el sentimiento de culpa, y se muestra apto para escribir. Así, para Abad

Faciolince, recordar es, por un lado, pasar de la melancolía al duelo y, por otro, elaborar una confesión que ofrezca liberación y catarsis, y ambos objetivos los logra mediante la escritura.

Desde la crítica, Andrea Fanta realizó una lectura sobre la escritura en la novela que apoya lo que voy presentando hasta este momento en la tesis: si bien es cierto la muerte del padre del personaje Abad Faciolince puede considerarse el hecho central de la novela, pues es el detonante para todo lo demás, y el lector conoce desde muy temprano su condición de muerto, recién se narra el asesinato cuando la novela ya está en un momento muy avanzado, específicamente, en la página 232.

La muerte del padre es anunciada una y otra vez a lo largo de la narración, sin embargo el libro entero pareciera ser la lucha por evitar narrar el brutal acontecimiento. Como lectores sabemos –y Héctor Abad como escritor también sabe– que narrar la muerte de su padre es ineludible, pero la escritura es la que permite dilatar ese momento final. La intención no es, evidentemente, focalizarse en la muerte sino en la vida. Es un final inevitable, pero la narración permite, aunque sea en la imaginación, darle más tiempo a un tiempo finito. (31)

Siguiendo la misma línea, Escobar propone que “es necesario llegar hasta las últimas líneas de la novela para completar ese ejercicio de la memoria y rendir homenaje a la vida de un padre ejemplar” (172). La muerte del personaje del padre es el motor de la narración; dicho de otro modo, es lo que ha llevado a Abad Faciolince a escribir *El olvido que seremos* a manera de memorias y, pese a las dificultades que tuvo, el narrador sale

airoso de su propósito. Sin embargo, me parece importante apreciar, y es por lo que considero que ambas citas resultan relevantes, cómo la escritura particular que elabora le permite no caer en el exceso de sentimentalismo y en una narrativa incoherente (dicho de otro modo, melancolía), a través de la realización de una selección consciente de hechos *anteriores* al asesinato del padre. Además, permite construir lo que significó su pérdida, como analicé en el primer capítulo, y, así, impactar en el lector y buscar su empatía, lo cual será materia de análisis del tercero.

Por otro lado, Elizabeth Jelin propone que “en lo individual, la marca de lo traumático interviene de manera central en lo que el sujeto puede y no puede recordar, silenciar, olvidar o elaborar” (45); del mismo modo, sentencia que “toda narrativa del pasado implica una selección. La memoria es selectiva; la memoria total es imposible” (62). Es decir, el sujeto ha decidido qué recordar, cómo contarlo y cuándo hacerlo. A la luz de esto, podemos ver que lo que permite esta escritura a Abad Faciolince es dilatar y relegar el suceso de la muerte de su padre. Así, en el momento en que ya se hace inevitable narrarlo, se le hace menos difícil al autor-personaje, porque ha logrado presentar más, allá de la muerte, elementos importantes de la vida del padre, tales como su carácter cariñoso y preocupado, su instrucción intelectual, su preocupación por los más necesitados, las campañas de salubridad en las zonas más pobres, la defensa de los derechos humanos, entre otros que vimos en el primer capítulo. Así, se entiende cuando Abad Faciolince afirma lo siguiente: “buena parte de mi memoria se ha trasladado a este libro” (273). La escritura le ha permitido recuperar algo de lo perdido; el narrador ha podido conseguir algo de permanencia de la figura de su padre para, así, mitigar el dolor.

Escritura y terapia psicoanalítica

Desde la crítica, se ha presentado la posibilidad de que el autor-personaje Abad Faciolince, mediante la escritura, elabora una cura para así, en el texto, renacer (Escobar 187). Creo que ambos componentes de la propuesta, es decir, que la escritura funciona como cura luego del trauma y que dicha cura marca el inicio de una nueva vida, se pueden relacionar con la terapia psicoanalítica y con ideas que Freud presentara en 1914: en “Recordar, repetir y reelaborar”, Freud postula que no se puede conocer el origen del trauma por lo que el enfermo sea capaz de narrar; de hecho, lograrlo sería imposible, pues dicho origen se encuentra en el inconsciente. Sin embargo, el psicoanalista será eventualmente capaz de conocerlo no porque el paciente lo recuerde, sino porque lo actúa y lo repite. Esta repetición es el origen de la cura (“Recordar” 152). En palabras de Freud, el paciente repite “todo cuanto desde las fuentes de su reprimido ya se ha abierto paso hasta su ser manifiesto: sus inhibiciones y actitudes inviables, sus rasgos patológicos de carácter. Y, además, durante el tratamiento repite todos sus síntomas” (153).

El hecho de aprovechar o no esas repeticiones del paciente para llegar a sus recuerdos estará ligado a la manera en que se maneje la transferencia: se le debe dar toda libertad al paciente para que, mediante sus actos, la transferencia cree “un reino intermedio entre la enfermedad y la vida, en virtud de la cual se cumple el tránsito de aquella a esta”; así, “de las reacciones de repetición, que se muestran en la transferencia, los caminos consabidos llevan luego al despertar de los recuerdos, que, vencidas las resistencias, sobreviven con facilidad” (156).

Ahora bien, la terapia psicoanalítica, sostiene Freud, no acaba con el despertar de los recuerdos a través de la repetición. La labor del psicoanalista no finaliza con hacerle conocer al paciente los síntomas. El paso final consiste en la reelaboración, entendida como

el acto de reelaborar la resistencia y “vencerla prosiguiendo el trabajo en desafío a ella” (157). Aquí es cuando verdaderamente se descubren las mociones pulsionales reprimidas que alimentan la resistencia. El médico deberá ser paciente, pues la reelaboración puede significar una ardua tarea para el analizado, pero “es la pieza del trabajo que produce el máximo efecto alterador sobre el paciente y que distingue al tratamiento analítico de todo influjo sugestivo” (157). En otras palabras, es la etapa del psicoanálisis cuya realización determinará el éxito final de la terapia.

Toda esta propuesta freudiana, me parece, está ligada con la idea de Escobar de que el autor-personaje renace mediante el proceso de escritura: el psicoanálisis, en realidad, no hace que el paciente vuelva a su estado anterior, es decir, al que tenía antes de la experiencia traumática, sino que lo deja en una especie de umbral que le permitirá actuar de manera libre y hacer una nueva vida, ya habiendo superado el trauma (es decir, se ha curado). En el caso específico de *El olvido que seremos*, siguiendo con el vínculo entre novela y terapia psicoanalítica, se puede afirmar que el personaje Abad Faciolince, una vez ha pisado el umbral, ha optado por escribir lo sucedido. El personaje Héctor Abad Gómez no volverá a la vida, pero al menos Abad Faciolince es capaz de superar el estado traumático y de, a partir de una reelaboración de su inicial estado de resistencia, contar su verdad.

Al escribir, el autor-personaje está también asumiendo una herencia paterna: como se vio en el primer capítulo, fue su padre, un empedernido lector, quien le enseñó a escribir; asimismo, como activista, realizaba sus labores sociales mediante diversos escritos. Escribiendo, entonces, Abad Faciolince recupera lo que queda de su padre en él. En relación con esto, para el autor-personaje, escribir también es visto como una búsqueda y

petición por justicia (211, 242). Esto puede hacer recordar a una idea de John Beverley, quien, en “Anatomía del testimonio”, sostiene que este “siempre delata, aunque sea tácitamente, la necesidad de cambio social estructural” (14). Este reclamo al sistema de justicia será visto con mayor detalle en el tercer capítulo, pero considero apropiado mencionarlo ahora, porque, aunque puede entenderse como parte de una memoria colectiva, se vincula a la memoria individual en cuanto, contando su verdad mediante el acto de escribir, el autor-personaje –que, no hay que olvidar, es también, al fin y al cabo, una víctima de la violencia política de los años ochenta– recoge la herencia de su padre: él también se convierte en un luchador por la justicia. Recordar le sirve al autor como una manera de aportar a lo social, como lo hacía su padre: mientras este era un activista vinculado a la doctrina marxista, Abad Faciolince es un “recordador”.

El padre como ejemplo

La memoria, en la novela, se opone a la venganza. Luego del asesinato, el narrador descartaba la opción de la venganza, debido a que se alejaba por completo de los ideales que alguna vez tuvo su padre y que aprendió de él; su padre siempre le enseñó a él y a sus hermanos a evitarla (254). El autor-personaje cuenta que, luego del asesinato, guardó por mucho tiempo, en secreto, la camisa que llevaba puesta su padre, ensangrentada debido a las balas. Fue la única prenda usada por su padre en el momento de su asesinato que conservó. Años después, al momento de escribir la novela –es decir, una vez que finalmente es superado el proceso de melancolía–, la quemó. Este acto lo llevó a darse cuenta de que “la única venganza, el único recuerdo, y también la única posibilidad de olvido y de perdón, consistía en contar lo que pasó, y nada más” (225). Es decir, rechaza por completo la posibilidad de una venganza física, pues sería recurrir a la violencia de la

que su padre fue víctima, y, además, sería no seguir el modelo de su padre, quien le enseñó a no vengarse (99).

Se presenta, nuevamente, la idea de que la única alternativa para la verdadera liberación del individuo melancólico-vengativo es escribir. Creo que, como discutiré con mayor detenimiento en el siguiente capítulo, el narrador se encuentra ante un proceso de liberación al encontrar en la escritura una manera de hacer justicia; se convierte en una fuente para enfrentar a los asesinos. A eso se refiere el narrador cuando sostiene que “los asesinos no han podido exterminarnos y no lo lograrán porque aquí hay un vínculo de fuerza y de alegría, y de amor a la tierra y a la vida que los asesinos no pudieron vencer” (259); los asesinos no han podido hacer que el autor-personaje olvide el recuerdo de su padre. Además, tampoco lograron que cambie la imagen que se tenía del personaje Héctor Abad Gómez. Es correcto el apunte que hace Fredy Reyes cuando presenta la idea de que la imagen de Abad Gómez en los hombres que fueron cercanos a él dista mucho de la imagen de subversivo urbano que quisieron crear sus asesinos (28). Para contrarrestar la intención de los asesinos, Abad Faciolince escribe. Esto le sirve al narrador a nivel individual en cuanto le permite conservar, y no perder ni alterar, su ideal paterno, que fue desarrollado en el primer capítulo. Como bien nota Victoria Díaz, mediante la narrativa no solo se recuerda y se hace recordar el asesinato trágico y cruel que tuvo como víctima al personaje del padre; lo que debe ser recordado es, en realidad, lo que fue la vida del padre y todo lo que esta significó (11)¹². Recogiendo esto, sintetiza de gran manera Luz Elena Vélez al decir que “el autor reconoce a la escritura como un arma poderosa para combatir el olvido, dado que, a través de ella, se aviva el recuerdo del padre y establece un precedente frente a los

¹² Existe una coincidencia con la idea planteada por Andrea Fanta, presentada en la página 50 de este capítulo.

asesinos” (26). Si bien existe una clara connotación social en este análisis, hay que resaltar que se está valorando en este capítulo lo útil que resulta todo esto para Abad Faciolince como individuo, pues le permite estar en paz.

Posmodernidad y memoria

Como ya se ha señalado, en la novela, el olvido, para el autor-personaje, aparece como inevitable e indetenible. Algunos ya desaparecieron, otros están desapareciendo y algunos otros desaparecerán, sin excepción:

Todas estas personas con las que está tejida la trama de mi memoria, todas esas presencias que fueron mi infancia y mi juventud, o ya desaparecieron, y son solo fantasmas, o vamos camino de desaparecer, y somos proyectos de espectros que todavía se mueven por el mundo. En breve todas estas personas de carne y hueso, todos estos amigos y parientes a quienes tanto quiero, todos estos enemigos que devotamente me odian, no serán más reales que cualquier personaje de ficción, y tendrán su misma consistencia fantasmal de evocaciones y espectros, y eso en el mejor de los casos, pues de la mayoría de ellos no quedará sino un puñado de polvo y la inscripción de una lápida cuyas letras se irán borrando en el cementerio. (272-273)

¿Por qué, entonces, el hijo muestra esta actitud pesimista? Existe en esta cita, efectivamente, un pesimismo que roza el nihilismo, lo cual podría relacionarse con lo planteado por Fredric Jameson, quien en *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado* sostiene que, en la era de la posmodernidad, existe una crisis de la historicidad que “nos obliga a retornar, de una manera renovada, al problema general de la

organización temporal (...) y, en definitiva, al problema de la forma del tiempo, de la temporalidad, y de la estrategia sintagmática que ha de adoptar en una cultura cada vez más dominada por el espacio y por una lógica espacial” (61). Dicho de otro modo, se pierde el tiempo histórico, tal como ocurre en la cita: todos sus recuerdos y el tejido histórico de su memoria desaparecerán; y predominan el espacio y la simultaneidad. Asimismo, hay un mero énfasis en el tiempo individual, ya que lo histórico como proceso social está en crisis. El narrador forma parte de la crisis y su relación con la pérdida de temporalidad histórica se ve afectada. De esta manera, podría decirse que el hijo tiene esta reacción, muestra esta actitud, porque es posmoderno. En la cita, además, el narrador hace uso nuevamente de la condición de irreal o artificial, que ya había presentado al momento de catalogar a los libros como un simulacro de recuerdo o una prótesis de memoria, al comparar a los hombres olvidados con personajes de ficción, fantasmas y espectros. Luego, se presenta la idea de que la degradación del hombre, luego de morir, es cada vez mayor, hasta el punto de ocupar solo un espacio material el mundo: una lápida, la cual, a su vez, también se degradará, pues en determinado momento las letras inscritas en ella se borrarán y ya no se sabrá a quién recordaba ni a quién rendía honor en el pasado. Así, frente a la pérdida de lo histórico en la posmodernidad, el narrador está reafirmando la idea del olvido como inevitable, sin duda, y como amenaza, pues afecta al hombre, a su memoria y a su esencia como persona¹³, pero, a la vez, rescata el plano individual y humano.

De este modo, las palabras en *Abad Faciolince* tienen un “poder evocador” y permiten emprender una lucha por rescatar del olvido a su padre “al menos por unos cuantos años más”. El poder de las palabras se debe a que estas transmiten en parte

¹³ Volviendo a Jameson, la pérdida de esta condición puede relacionarse con la pérdida del sentido de la historicidad.

“nuestras ideas, nuestros recuerdos y nuestros pensamientos”, y es para el personaje Abad Faciolince el mejor vehículo para llevar a cabo dicha transmisión (273). La escritura tiene, dentro de la narrativa, el poder de hacer que las memorias más hondas despierten (274). Y esto es bueno porque permite, entonces, evitar que todo sea mero espacio, combatir el pesimismo inicial y no resignarse a que su padre sea una simple lápida, en un lugar común como un cementerio. Por el contrario, se escribe y resulta posible que su padre, como ser humano, sea rescatado del olvido. Notemos, entonces, que esta función de la memoria no es histórica, sino posmoderna: han caído las grandes causas sociales, y queda en primer lugar el individuo.

Se parte sabiendo que el olvido llegará, pues, a lo largo de la novela, es presentado como inevitable. De este modo, se entiende que lo logrado por la escritura, pese al esfuerzo del autor-personaje, termine resultando inútil. La memoria, en la novela, es una respuesta ante el peligro (busca la salvación) que representa el olvido, pero eventualmente fracasará y el narrador es consciente de esto desde un inicio:

Es posible que todo esto no sirva de nada; ninguna palabra podrá resucitarlo, la historia de su vida y de su muerte no le dará nuevo aliento a sus huesos, no va a recuperar sus carcajadas, ni su inmenso valor, ni el habla convincente y vigorosa, pero de todas formas yo necesito contarla. Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso su misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se

sepa. Para alargar su recuerdo un poco más de que llegue el olvido definitivo. (254-255)

Creo que resulta útil terminar este capítulo con esta cita para comprender, a partir de un claro uso de la consciencia por parte del autor, varios puntos que ya se han venido mencionando. En primer lugar, con relación a la terapia psicoanalítica, el hecho de que no hay vuelta atrás; no se puede regresar al pasado y nada ni nadie podrá resucitar a su padre. En segundo lugar, la necesidad imperiosa de contar lo sucedido, de narrar su verdad: es la escritura la que hará frente a los asesinos, a la tragedia y a la injusticia que significó la muerte de su padre, en cuanto le permite estar en paz a nivel personal. Y, finalmente, en lo que viene a ser el punto de esta parte de la tesis, la clara referencia a que las palabras –es decir, escribir– sirven para liberarse a sí mismo y para alargar la llegada del olvido; en palabras del narrador, “para nada”, y no para lograr alguna causa histórica moderna.

Conclusiones del capítulo

Recapitulando, puede decirse que la escritura funciona para hacerle frente al olvido en diversas esferas (individual, familiar). Este, tarde o temprano, llegará, pero se trata de alargar su llegada. Recién el autor-personaje ha sido capaz de contar su verdad casi veinte años después de la muerte de su padre, pues, durante todo este tiempo, vivió un proceso de melancolía y trauma que es, finalmente, superado. Una vez en el umbral, es capaz de elaborar una narrativa consciente, de escribir serenamente y, de este modo, utilizando los términos freudianos, también de reelaborar la resistencia que sufrió a lo largo de este lapso.

Sin embargo, hay que dejar claro que la función de la escritura no queda reducida a todo lo que ha sido mencionado hasta el momento. En realidad, todo lo presentado forma

parte de un primer paso. Al igual que con la experiencia psicoanalítica, podría parecer que, en este punto, ya se ha logrado el objetivo, pero en realidad el cumplimiento del objetivo del autor-personaje es parcial. El narrador convocará al lector, pues, como se verá más detalladamente en el siguiente capítulo, busca establecer una memoria colectiva que funcione como una unión de subjetividades (siguiendo a Jelin), en la que la suya, probablemente, tendrá rasgos en común con las experiencias de otros (en la línea de Tzvetan Todorov). Respecto a esto, hay que tener en cuenta que estamos ante una subjetividad particular: “es un caso especial, sin duda, y para mí el más triste” (255), dice el narrador. Muy probablemente, algún otro hombre que perdió un ser querido a causa de la violencia política pensará que su caso es el más triste, pero, nuevamente, no se trata de determinar qué tragedia fue peor, sino de elaborar un conjunto de experiencias que guarden semejanzas: estamos ante una búsqueda por enmarcar la memoria dentro de un proyecto a mayor escala, perteneciente al campo social y cultural. Cabe decir que determinar una experiencia de violencia como más catastrófica que otra puede resultar complicado y el autor-narrador de *El olvido que seremos* es consciente de esto, como se apreciará más detalladamente en el tercer capítulo. Así, lo que empieza como una decisión individual pasará a formar parte de una esfera social, donde se enmarcará dentro de un proyecto a nivel colectivo, aunque aún posmoderno.

Capítulo III: Autor, lector y comunidad: la memoria a nivel social y cultural

En el Capítulo II, se intentó demostrar cómo funciona la memoria a nivel individual, al hacer un recuento de las actitudes y de las propuestas realizadas por el autor-personaje Héctor Abad Faciolince para sobrellevar la muerte de su padre. Se ha mostrado que lo que busca el autor es fomentar un uso apropiado de la memoria y, para lograrlo, apela a la escritura. Se ha podido ver lo que logra el autor-personaje al contar su verdad y librarse del “deber ineludible” (254) que significaba, siempre desde un plano individual.

Lo expuesto en el capítulo anterior representa, en realidad, un punto de partida para una acción que explicita el narrador hacia el final de la novela: enmarcar su búsqueda por la memoria dentro de un proyecto mayor; el establecimiento de una memoria ya no solo individual, sino colectiva. Mi pregunta ahora es, por tanto, para qué sirve la memoria practicada en la novela en términos colectivos, y propondré que el narrador convoca al *lector* a hacerle frente al olvido apelando a la posibilidad de encontrar experiencias comunes entre la suya y las de los receptores del texto. Lo que se busca, de esta manera, es crear comunidad, en la medida en que lo contado por el narrador coincida con las experiencias del lector. Por esto, es la finalidad de este tercer y último capítulo examinar cómo se convoca al lector a un proyecto liberal y en qué consiste esta propuesta del autor-personaje a nivel social, a partir de, como ya se ha podido ver en el capítulo anterior, un correcto uso de la memoria a nivel individual. Para lograrlo, estableceré un diálogo con dos teóricos de la memoria: Elizabeth Jelin y Tzvetan Todorov, pues me permitirá enriquecer lo que pueda surgir a partir del análisis de la novela, al mostrar las relaciones entre novela y teoría que podrían tanto coincidir como también discrepar.

El padre como representante

Hay que recordar que el asesinato del personaje Héctor Abad Gómez formó parte de una serie de atentados que se llevaron a cabo en un periodo de violencia política, por lo que el número de víctimas se puede contar en miles; es decir, su padre fue una víctima más de las muchas que hubo dentro de esta violencia sistematizada. El autor es consciente de esto en la novela: “Su caso no es único, y quizá no sea el más triste. Hay miles y miles de padres asesinados en este país tan fértil para la muerte”. Sin embargo, hace una distinción: “Pero es un caso especial, sin duda, y para mí es el más triste. Además reúne y resume muchísimas de las muertes injustas que hemos padecido aquí” (255-256). Es decir, por un lado, parte de una subjetividad, pues se trata de su padre, el ser humano que más amó y de quien recibió más amor, y es por eso que su caso es especial –y el más triste– para él, ya que el autor-personaje ha sido una víctima directa. Ahora bien, mediante la última cita, el lector puede notar que, pese a la consciencia del autor-personaje (de que el caso de su padre es solamente uno de muchos), este encontrará en el caso mencionado una especie de simbolización de todos los demás. De este modo, resulta útil preguntarse en qué medida el padre simboliza realmente a todas las víctimas. Resulta conveniente, también, asociar este hecho con uno de los rasgos del testimonio, que, según John Beverley, funciona como una representación de la comunidad excluida: “es principalmente una manera de dar voz y nombre a un pueblo anónimo” (15)¹⁴.

Al respecto, luego de afirmar que “esa historia de un padre asesinado por sicarios y de una familia que padece la pérdida de un ser querido alude a muchas otras historias de personas que han padecido el sufrimiento ante la pérdida de un familiar o allegado” (16),

¹⁴ Si bien, como se indicó en la Introducción, *El olvido que seremos* es una novela, comparte esta característica con el género testimonial.

Luz Vélez anota, creo yo correctamente, que “a través de la escritura el autor fija un discurso que, como reflejo, le permite al lector mirarse en aquella historia del padre, que es también la lucha interminable de un país atacado por el terror y la violencia” (16). En esta cita se vuelve a encontrar la idea de que el caso del padre simboliza, o es un reflejo de, los distintos episodios de violencia que tuvieron lugar en Colombia en la década del ochenta. Mediante la narración de un caso en particular, es decir, el asesinato del padre del autor-personaje, las víctimas son presentadas ante el lector de manera que forman parte de un mismo fenómeno.

El padre no solo es un símbolo de las víctimas de la violencia política, sino que el texto busca construir al personaje como representante de todos. Para esto es que, a la vez que se resalta su excepcionalidad, se enfatiza que es, simplemente, un ser humano. Es decir, pese a la descripción idílica que en algún momento se realiza, vista en el primer capítulo, el narrador hace explícita la condición humana de su padre: además de sus virtudes, mostraba defectos y actitudes negativas que cualquier otra persona hubiese podido tener. Por ejemplo, el personaje Abad Faciolince relata que su padre, como todos, podía llegar del trabajo “de dos maneras: de mal genio o de buen genio”. Si llegaba de buen humor, como generalmente ocurría, mostraba su alegría y reía junto a sus hijos. Por el contrario, si llegaba de mal humor, entraba a la casa en silencio, sin saludar, “y se encerraba furtivamente en la biblioteca, ponía música clásica a todo volumen y se sentaba a leer en su sillón reclinable, con la puerta cerrada con seguro” (124). Este contraste entre el aislamiento voluntario al que se somete, que manifiesta su enfado, y su habitual modo de ser, alegre y cariñoso, permite apreciar que, en efecto, el padre es un representante de la

especie humana: pese a las virtudes que recuerda su hijo, mostraba ciertos comportamientos espontáneos y cotidianos, y se asemejaba a cualquiera de nosotros.

Asimismo, se cuenta que cuando Abad Gómez da la noticia de que Marta, su hija, estaba muy enferma, el narrador intuye que se iba a morir y lo dice en voz alta. Ante esto, el padre reacciona de manera efusiva (“¡Yo no he dicho eso, carajo!”) y Abad Faciolince concluye que su padre “no quería oír eso, ni menos pensarlo, porque era lo que más temía y lo que mejor sabía, en lo más hondo de él, que irremediabilmente iba a ocurrir” (156). A pesar de que en el fondo, como persona racional, Abad Gómez era consciente de que su hija moriría, buscaba negárselo a sí mismo y a los demás, debido al dolor que esto producía en él. Este tipo de negación irracional al buscar escapar de la realidad, es decir, no querer ni siquiera pensar en la posibilidad de la muerte cuando lo más probable es que esta ocurra, es una actitud que muestra todo ser humano cuando un ser querido se encuentra en una situación similar, que claramente nos lleva, en este caso, no a idolatrarlo, sino a empatizar con él.

Ahora bien, acierta Vélez en establecer un vínculo entre la narrativa de Abad Faciolince y el pasado violento de Colombia, pues creo que el autor-personaje, si buscamos enmarcar su postura en un nivel social, está buscando la justicia no a nivel personal, sino de comunidad, de colectividad. El reclamo que él está llevando a cabo representa también a los demás afectados, a todos aquellos que hayan sido víctimas del conflicto armado y de los aparatos estatales y gubernamentales, los cuales han sido incapaces de dar alguna solución o reparación a las víctimas (Abad Faciolince 211, 242). En este sentido, la novela tiene un rasgo del testimonio según Beverley, quien plantea sobre aquel que “siempre delata, aunque sea tácitamente, la necesidad de cambio social estructural. De ahí que la complicidad a que

invita la voz testimonial produzca en el lector la sensación de que a través del testimonio llega a formar parte de un movimiento mundial de oprimidos de todo tipo” (14). En este caso, hay una demanda ante una falla, particularmente del Estado, la cual también es notada por Andrea Fanta, quien dirá que el autor-personaje “recurre a la verdad para apelar a la justicia. En un proceso que queda velado para el lector, Abad Faciolince logra establecer, por lo menos temporalmente, la relación entre verdad y justicia” (32). Esta relación entre lector, verdad y justicia es un punto fundamental en la novela y estará presente a lo largo de este capítulo.

El padre, el hijo y el humanismo liberal: unión de subjetividades

En el velorio de Héctor Abad Gómez, el personaje Carlos Gaviria, amigo de la familia, a quien el propio narrador considera un gran amigo “que heredó de su mejor amigo” (271), brinda un discurso que el personaje Abad Faciolince sigue recordando muchos años después y cita en la novela: “El apego de Héctor Abad Gómez a la idea altamente humanista del credo liberal, lo había hecho flexible y tolerante cuando en Colombia ya sólo queda sitio para los fanáticos” (269). El libro quiere transmitir que este grupo de gente humanista, tolerante y luchadora era vista como un peligro para el sector católico conservador y para los paramilitares, quienes veían en la violencia el camino para conseguir los cambios que buscaban. Este grupo, a su vez, es el último elemento de una larga cadena que presenta el narrador a lo largo de la novela: si en un extremo están el padre, la racionalidad, la modernidad y el humanismo liberal, en el otro, en contraste, se encuentran la Iglesia católica, la madre, la irracionalidad, el conservadurismo y, finalmente, los paramilitares asesinos. Desde el apego al humanismo liberal, entonces, Abad Faciolince propondrá que en el plano social debe haber un rechazo a la figura de los malos, asesinos,

conservadores y fanáticos, pues ellos intentaron acabar con la inteligencia y la tolerancia que caracteriza al credo modernizador y liberal del humanismo. Así, para el narrador, recordar a su padre tiene un determinado rol social: promover el humanismo liberal que Abad Gómez representaba.

Resulta pertinente, por lo tanto, recordar qué rasgos de la novela presentan al padre como humanista liberal. Como se indicó en el primer capítulo, Abad Gómez fue una persona que anhelaba la igualdad y, desde la salud pública, buscaba que todos puedan tener condiciones de vida saludables, por lo que se preocupaba por los más necesitados: elaboraba campañas de salud, denunciaba que el estado del agua en Medellín era causante de varias enfermedades, y logró que cambiaran el acueducto y que fuera obligatorio que pasteurizaran la leche antes de venderla. Del mismo modo, fue un opositor a la violencia en todos sus modos y, en los últimos años de su vida, se dedicó a la defensa de los derechos humanos mediante artículos, denuncias, cartas, conferencias, entre otras actividades que tenían como fin mostrar su rechazo ante la situación que vivía Colombia. Todo esto, entonces, permite concluir que el activismo de Abad Gómez velaba por el bienestar de la humanidad, y, al recordar a su padre, Abad Faciolince busca proponerlo como ejemplo o como héroe de una comunidad de humanistas liberales.

Hacia el final de la novela, el autor-personaje convoca al lector, como se puede apreciar en la siguiente cita:

(...) como todos los hombres somos hermanos, en cierto sentido, porque lo que pensamos y decimos se parece, porque nuestra manera de sentir es casi idéntica, espero tener en ustedes, lectores, unos aliados, unos cómplices,

capaces de resonar con las mismas cuerdas en esa caja oscura del alma, tan parecida en todos, que es la mente que comparte nuestra especie. (273-274)

En esta cita, hay varios conceptos que se deben analizar. En primer lugar, se postula que “todos los hombres somos hermanos”. Una de las razones por las que el narrador sostiene esto es porque sentimos de manera casi idéntica. Parece ser que se está apelando nuevamente a la muerte de su padre como un caso representativo por todos los otros que sucedieron en la época de violencia política. La reacción de todo ser humano es “casi idéntica”; nuevamente, se forma parte, como comunidad, de un mismo fenómeno.

Desde la crítica, se ha dicho que el narrador “invoca de manera cómplice” (Escobar 172) al lector y “quizás estas imágenes que ahora han quedado impresas por medio de las palabras, nos interpelen a los lectores como posibles testigos” (Fanta 37). La idea es que se interpela al lector como posible testigo. Es decir, testigo de todo lo acontecido, detalladamente. El lector no solo es cómplice, sino testigo: recibe y observa. Participa, entonces, en todo el proceso. Volviendo a Beverley, puede decirse que el lector ha recibido y aceptado la invitación a la complicidad por parte del autor, quien funciona, en algunos aspectos, como voz testimonial. Al respecto, Vélez dirá que

(...) es importante detenerse para decir que en este tipo de texto el lector crea un pacto autobiográfico con el autor en la medida en que el lector comprende que el autor se desdobra en la hoja de papel para sincerarse y, a modo de confesión, revelar lo que ha sido, intimidades y sentimientos sobre él y sobre su padre, el lector estrecha un vínculo o pacto, al sentir que

tiene participación en la historia y de cierta manera un compromiso de escuchar, de aportar significado. (17)

Una vez más, se repiten palabras relacionadas entre sí: pacto, vínculo, compromiso. Conuerdo con estos autores: el autor-narrador busca en el lector a un cómplice-testigo y por eso es que, como sostiene Vélez, se confiesa y es sincero en su escritura. El pacto establecido entre autor y lector, entonces, tendrá como objetivo crear una comunidad humanista liberal.

A propósito, un detalle sobre dicha confesión es pertinente para entender mejor la relación autor-lector, y tiene que ver con el grado de intimidad con el que presenta al personaje del padre. No he hablado del tema hasta este capítulo porque me parece que, pese a que no lo hace de manera explícita, lo que busca el narrador es acercar al lector al mayor nivel posible, otorgarle un ambiente de familiaridad. Esto se ve reflejado, principalmente, en el capítulo 37 de la novela, titulado “Abrir los cajones”, en el que, precisamente, narra la escena en que tuvo que abrir los cajones de su padre luego de que este muriera. Aparte de ser, como sostiene el personaje Abad Faciolince, “una de las cosas más duras que tenemos que hacer cuando alguien se nos muere” (224), es, también, una de las acciones más íntimas que pueden ser llevadas a cabo:

Abrir los cajones es como abrir rendijas en el cerebro del otro: qué era lo que más quería, a quién había visto (según las citas de su agenda o los apuntes de un cuaderno), qué había comido o comprado (recibos de almacenes, extractos de tarjeta de crédito, facturas), qué fotos o recuerdos atesoraba, qué documentos tenía expuestos y cuáles en secreto. (224)

Abrir los cajones de un muerto es, además, “hundirnos en esa cara que sólo era visible para él y que sólo él quería ver, la cara que protegía la de los otros: la de su intimidad” (226). En la cita anterior, se aprecia que se puede conocer una serie de detalles triviales a partir de revisar los cajones; en la última, que hay detalles que pueden permanecer ocultos en vida y recién con la muerte salen a la luz. El propio narrador dirá lo siguiente: “Todos tenemos en nuestras vidas algunas zonas de sombra. (...) como forman parte de nuestra intimidad más íntima, no queremos compartirlas con nadie” (228). Finalmente, el autor cierra la narración de este suceso diciendo que todo lo que encontró en los cajones

(...) lo hace, ante mis ojos, más grande, más respetable y más valioso, pero así como él no quiso que ni su esposa ni ninguna de sus hijas las supieran, también yo dejo cerrado ese cajón que sólo serviría para alimentar la inútil habladuría digna de telenovelas, e indigna de una persona que amó todas las manifestaciones humanas de la belleza y que fue, al mismo tiempo, espontánea y discreta. (228)

Al leer todas estas citas, se puede pensar en que el narrador está dando a conocer la existencia de una intimidad desconocida, que hace de su padre un hombre aún más digno de ser recordado, pero lo que no cuenta es el porqué. Sin embargo, creo que esto puede resultar aún más conveniente para su objetivo de convocar al lector. Como he mencionado, estas citas no dicen explícitamente que se esté apelando al lector; sencillamente, se está presentando el aspecto más íntimo del padre. Por otra parte, cabe recalcar que este acto íntimo, es decir, abrir los cajones, tiene un sentido de representatividad general: todos los muertos dejan cosas que sus deudos deberán recoger. Además, es un acto que permite resaltar cómo el narrador llega al lector: no lo hace de modo paternalista o pedagógico, no

es una autoridad que vaya a hablar en nombre del lector; por el contrario, el hecho de no ser del todo explícito es, quizás, lo que permite que funcione la narrativa: su proyecto no busca llegar a la racionalidad del lector, sino a sus sentimientos. En este proyecto colectivo, los sentimientos, internos, humanos y subjetivos, son la contraparte de todo fundamentalismo que se presente como pedagógico, paternalista y absoluto.

El autor-personaje Abad Faciolince está apelando a encontrar seres humanos con experiencias similares. Como se ha mencionado, el narrador es consciente de que su caso no es el único ni el peor, pero “es un caso especial, sin duda, y para mí el más triste” (256); es decir, es una subjetividad particular. Para Elizabeth Jelin, hay que entender las memorias “como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales” (36); es decir, cada quien tiene su propia memoria, su propia subjetividad. Asimismo, dirá que “es imposible encontrar una memoria, una visión y una interpretación única del pasado, compartida por toda una sociedad” (39), pues, a nivel de sociedad, se encuentra una gran diversidad de interpretaciones. Tzvetan Todorov, al respecto, menciona que no se pueden desdeñar los puntos de vista subjetivos: “para el individuo, la experiencia es forzosamente singular, y, además, la más intensa de todas” (35). En referencia con todo esto, en *El olvido que seremos* se encuentra la siguiente cita, la cual es el último fragmento en el que aparece de manera explícita la relación autor-lector y, además, es el cierre de la novela:

Lo que yo buscaba era eso: que mis memorias más hondas despertaran. Y si mis recuerdos entran en armonía con algunos de ustedes, y si lo que yo he sentido (y dejaré de sentir) es comprensible e identificable con algo que ustedes también sienten o han sentido, entonces este olvido que seremos puede postergarse por un instante más, en el fugaz reverberar de sus

neuronas, gracias a los ojos, pocos o muchos, que alguna vez se detengan en estas letras. (274)

No hay que olvidar que todo lo realizado por el narrador tiene una función: hacerle frente al peligroso e inevitable olvido. Para lograrlo, convoca al lector, pues busca establecer una memoria colectiva que funcione como una unión de subjetividades, como se puede apreciar en la última cita. Se trata, entonces, de crear una comunidad humanista liberal, en la que exista un vínculo entre el padre como ejemplo en términos políticos y la narración que crea una comunidad de “recordadores”. En la última cita, se apela a otro, a un “ustedes”, que “también sienten o han sentido”. Estamos, entonces, ante experiencias comunes, compartidas, partes de un mismo fenómeno, de las que se puede sacar provecho. Cabe decir también que se apela al sentimiento, y no a lucha o alguna otra acción. Sentir, entonces, es lo que conecta a los seres humanos, lo que hace que valga la pena el establecimiento de un vínculo.

Esta cita, además, guarda otra relación con Todorov –cuya teoría será desarrollada con detenimiento más adelante–, quien plantea que, como ya se ha mencionado, hay que reconocer la subjetividad de cada individuo como tal, como un caso particular, pero no como única, en el sentido de que pueden existir casos semejantes, y, para determinarlo, es necesario realizar una comparación. “Si el suceso es único, podemos conservarlo en la memoria y actuar en función de ese recuerdo, pero no podrá ser utilizado como clave para otra ocasión” (Todorov 37); es esto lo que hace Abad Faciolince en el pasaje sobre los cajones: es decir, si un agente se encierra en su subjetividad, si no va más allá de su recuerdo personal, es lo mismo que nada y se imposibilita a sí mismo alcanzar la liberación.

En el caso del fragmento de *El olvido que seremos* en cuestión, se intuye que el autor-personaje pone su subjetividad al servicio de los demás.

Asimismo, el fragmento podría relacionarse con la propuesta de Jelin, quien postula lo siguiente: “Las memorias son simultáneamente individuales y sociales, ya que en la medida en que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas, la experiencia también lo es. Las vivencias individuales no se transforman en experiencias con sentido sin la presencia de discursos culturales, y estos son siempre colectivos” (...) “la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y escuchar” (69). Siguiendo con el análisis de la cita, esta vez en relación con esta idea de Jelin, puede decirse que, a partir de una vivencia individual, se apela a un reconocimiento a nivel colectivo. Es decir, la vivencia individual es un primer paso para la formación de un movimiento colectivo. La memoria individual del autor-narrador pasa un plano colectivo cuando puede transformar sus experiencias al enmarcarlas dentro de un proyecto de memoria a nivel social y cultural, y el agente seleccionado por Abad Faciolince para llevarlo a cabo es el lector. Apelando a la crítica, pienso que Andrea Fanta está en lo correcto al decir que “el texto no puede hacer un ejercicio de memoria, sino que necesita del lector para su realización” (31). Es, más o menos, una síntesis de lo que se ha venido diciendo. De igual manera, creo que Fredy Reyes compendia todo esto al decir que

Abad Faciolince busca enmarcar su recuerdo en un horizonte social más amplio y colectivo, pues los sentidos pueden ser compartidos por unos “otros” –los lectores– que pueden identificarse porque también padecieron una situación familiar –un familiar asesinado, desaparecido o torturado por

un grupo armado– o bien porque simplemente comparten el sentido construido por el escritor. (29)

Memoria literal, memoria ejemplar y justicia

En *Los abusos de la memoria*, Todorov postula que existen dos tipos de memoria: en primer lugar, la memoria literal, en la cual se preserva el suceso en su literalidad, “permaneciendo intransitivo y no conduciendo más allá de sí mismo” (30), y, por otro lado, la memoria ejemplar, en la que, luego de recuperarlo, se utiliza el suceso como una manifestación entre otras de una categoría más general y el individuo es capaz de servirse de él como un modelo para comprender situaciones nuevas, con agentes diferentes (31). Dicho de otro modo, ese recuerdo se abre “a la analogía y a la generalización. El pasado se convierte por tanto en principio de acción para el presente” (31). Este proceso, en palabras de Todorov, hace que la conducta del individuo deje de ser privada para pasar a entrar en la esfera pública.

Ya conociendo en qué consiste cada uno de los tipos de memoria, podría ampliarse la idea y presentar las características que les otorga Todorov: “El uso literal, que convierte en insuperable el viejo acontecimiento, desemboca a fin de cuentas en el sometimiento del presente al pasado. El uso ejemplar, por el contrario, permite utilizar el pasado con vistas al presente, aprovechar las lecciones de las injusticias sufridas para luchar contra las que se producen hoy día, y separarse del yo para ir hacia el otro” (32). De este modo, podría entenderse al uso ejemplar como el que el autor-personaje emplea, pues apela al pasado no para sufrir con el recuerdo ni perder la conciencia de sí, en lo que vendría a ser un estado melancólico freudiano, sino en tanto le permite elaborar una acción en el presente. En este

caso en particular, como estoy intentando demostrar en este capítulo, se trata de enmarcar su subjetividad en un conjunto más amplio que abarque distintas realidades de distintos agentes sociales. Es decir, dicha acción consiste en crear memoria colectiva, y, así, una comunidad humanista liberal.

Del mismo modo, creo que resulta interesante apuntar que, para Todorov, la memoria literal viene a ser la que es comúnmente entendida como memoria a secas, mientras que la ejemplar hace referencia a un término que ha sido mencionado más de una vez a lo largo de esta tesis: justicia. Todorov presenta lo siguiente:

La justicia nace ciertamente de la generalización de la acusación particular; y es por ello que se encarna en la ley impersonal, administrada por un juez anónimo y llevada a la práctica por unos jurados que desconocen tanto a la persona del acusado como a la del acusador. Por supuesto que las víctimas sufren al verse reducidas a no ser más que una manifestación entre las otras del mismo signo, mientras que la historia que les ha ocurrido es absolutamente única, y pueden, como a menudo hacen los padres de niños violados o asesinados, lamentar que los criminales escapen a la pena capital, la pena de muerte. Pero la justicia tiene ese precio, y no es por casualidad que no puede ser administrada por quienes hayan sufrido el daño: es la «des-individuación», si así se puede llamar, lo que permite el advenimiento de la ley. (32-33)

En este fragmento, la noción de justicia está funcionando, claramente, ligada al tribunal. Este afán por justicia teorizado por Todorov se encuentra presente en la obra de

Abad Faciolince, pues el autor-personaje más de una vez se muestra disconforme con el proceso judicial que se llevó a cabo luego de la muerte de su padre:

Lo que pasó después yo no lo vi, pero lo puedo reconstruir por lo que me contaron algunos testigos, o por lo que leí en el expediente 319 del Juzgado Primero de Instrucción Criminal Ambulante, por el delito de Homicidio y lesiones personales, abierto el 26 de agosto de 1987, y archivado pocos años después, sin sindicados ni detenidos, sin claridad alguna, sin ningún resultado. Esta investigación, leída ahora, casi veinte años después, más parece un ejercicio de encubrimiento y de intento cómplice para favorecer la impunidad, que una investigación seria. Con decir que a un mes de abierto el caso le dieron vacaciones a la jueza encargada, y que pusieron funcionarios venidos de Bogotá a vigilar de cerca la investigación, es decir, a evitar que se investigara seriamente. (242)

Como se puede notar, estamos también ante un caso de justicia tribunal; más específicamente, estamos ante una queja por parte del autor-personaje ante la ineficiencia del sistema de justicia de su país. Además, también reclama por el no esclarecimiento del caso Castaño: “¿Quiénes, exactamente, asesoraban a Carlos Castaño, y dirigían a los militares que daban la orden y señalaban a quién matar? Sólo hemos tenido respuestas indirectas y genéricas” (211). La incomodidad que le genera esto se aprecia cuando el personaje Abad Faciolince sostiene que ese vacío, es decir, la impunidad de Castaño, fue una duda que les quedó a todos los hijos y que es difícil de despejar (211). Sin embargo,

existe una diferencia clave aquí: Todorov critica la justicia tribunal en sí¹⁵, mientras que Abad Faciolince, en este pasaje, no. Este, más bien, critica las irregularidades que hubo en su caso y otros, pero no a los tribunales en general.

Por otra parte, para Todorov, la justicia, entendida como la memoria ejemplar, requiere de una generalización; es decir, la subjetividad particular debe unirse a otras tantas y de este conjunto deben abstraerse determinados rasgos que puedan ser provechosos. La justicia es un resarcimiento, pero, en cierto modo, despersonalizado en el proceso. En un sentido, esto es lo que busca Abad Faciolince, pues deja de lado la venganza. Para Todorov, la justicia se encarna en una ley impersonal, por lo que se opone por completo a la opción de la venganza, la misma que es rechazada por el autor-personaje. Sin embargo, hemos visto que Abad Faciolince enfatiza lo subjetivo y lo afectivo como claves para una memoria buena en lo social. Si bien existen semejanzas entre Todorov y Abad Faciolince en el aspecto social, puede afirmarse que la novela encarna una manera más amplia de entender la memoria. Por último, el autor-personaje cuestiona los aparatos estatales y gubernamentales, debido a que él y muchos otros deudos no han obtenido respuestas, e incluso denuncia la posibilidad de que exista complicidad entre el tribunal y los culpables. De esta manera, para Abad Faciolince, el punto es que la justicia en Colombia no es verdaderamente impersonal, y, a la vez, no encarna ni cuida la comunidad afectiva que su novela busca fomentar.

Conclusiones del capítulo

¹⁵ En palabras de Camila de Gamboa, los juicios criminales, para Todorov, “no serían una opción adecuada para enfrentar el pasado, pues él cuestiona que una tribuna sea el espacio más apto para hacer historia, dado lo restringido de la perspectiva de la verdad en un juicio criminal y, además, considera que en un juicio la comunidad puede convertir a los perpetradores en nuevas víctimas, especie de chivos expiatorios de lo que ocurrió. Por ello, defiende la idea de que el papel de recordar el pasado le corresponde hacerlo a los mismos miembros de la comunidad mediante la construcción de memorias ejemplares (72)”.

En un intento por aclarar la condición particular de las subjetividades, Jelin plantea que

[l]as inscripciones subjetivas de la experiencia no son nunca reflejos especulares de los acontecimientos públicos, por lo que no podemos esperar encontrar una “integración” o “ajuste” entre memorias individuales y memorias públicas, o la presencia de una memoria única. Hay contradicciones, tensiones, silencios, conflictos, huecos, disyunciones, así como lugares de encuentro y aun “integración”. La realidad social es compleja, contradictoria, llena de tensiones y conflictos. La memoria no es una excepción. (69)

Lo importante de esta cita es que propone que toda subjetividad, toda experiencia, es vivida a nivel personal, pues el suceso ha afectado a un individuo en particular. Sin embargo, lo que hay que dejar en claro es que dicha experiencia puede –y debe, si seguimos a Jelin y Todorov– ser compartida y compartible. En la novela, esto se debe a que todos somos seres humanos y, por lo tanto, sentimos igual. Así, se puede crear una memoria cultural en la que el individuo, mediante su agencia, sea capaz de utilizar el pasado en servicio del presente.

De este modo, considero que la memoria ejemplar propuesta por Todorov es la que sigue el narrador en la novela. Se dice que “si desciframos en un pasado suceso una lección para el presente, es que reconocemos en ambos unas características comunes. Para que la colectividad pueda sacar provecho de la experiencia individual, debe reconocer lo que ésta puede tener en común con otras” (Todorov 37-38). Me parece oportuno hablar de “sacar provecho”, pues pienso que es lo que ocurre: la subjetividad por sí sola, es decir, la

memoria literal, en estos casos no es conveniente, pues no llega a nada concreto e incluso es peligrosa, “portadora de riesgos” (31). En relación con la novela, está vinculada a aquella melancolía que tanto tiempo le tomó superar al autor-personaje.

Por el contrario, en una memoria ejemplar, la subjetividad es puesta al servicio de la sociedad: es posible decir que estamos ante una búsqueda por la memoria colectiva si apreciamos que se ha tomado una serie de medidas para vincular a los agentes y sus respectivas subjetividades, para, de este modo, encontrar puntos en común que puedan llevar a obtener justicia. Por esto, el narrador convoca al lector hacia el final de su novela; por ello, una descripción tan minuciosa del padre, en la que incluye hasta sus intimidades, pues, como se aprecia con mayor claridad en la cita de cierre de la novela, está buscando lograr una conexión con los demás agentes receptores. Acierta Fredy Reyes al postular, a manera de síntesis de lo visto hasta ahora, que la narrativa de Abad Faciolince “propicia identificación a partir de reconocer que su recuerdo y su dolor se funde en las ‘otras voces’ que ha dejado el accionar del conflicto interno armado, es decir, el ejercicio de reminiscencia se encuadra en un horizonte público en el que el pasado se constituye en acción para el presente” (29). El lector es el elegido para presentar su subjetividad, compararla con la del narrador y tantos otros lectores, y, a partir de dicha unión de subjetividades, generalizar y poder actuar en el presente. En otras palabras, poder alargar la llegada del olvido es posible en tanto haya participación de la comunidad humanista liberal.

Conclusiones

Esta tesis partió preguntándose cuál es la noción de memoria que funciona en la novela *El olvido que seremos*, de Héctor Abad Faciolince. Su objetivo principal, entonces, fue realizar una lectura del texto que permitiera responder satisfactoriamente la pregunta en cuestión. Se buscó realizar una reflexión y un análisis sobre la memoria desde la novela misma, alimentando las ideas que fueran surgiendo con elementos teóricos y críticos.

Como punto de partida, se buscó demostrar que la pérdida del padre es un suceso determinante en la vida del narrador y es lo que lo lleva a elaborar la novela. Dicha pérdida lo lleva a plantear que ante cualquier caso de posconflicto o trauma, el olvido llegará como una amenaza inminente. Dicho olvido, sin embargo, encuentra respuestas en el autor: buscará fomentar la memoria en el plano individual, y para hacerlo apelará a la escritura. Encuentra en ella una forma de sobrellevar un periodo de posconflicto o trauma, y se quiso demostrar qué es lo que hace para lograrlo. Finalmente, a partir de la propuesta del autor-personaje por una memoria como comunidad, se quiso analizar de qué manera apuesta por crear un proyecto de memoria a nivel social y cultural que encuentra en el lector a su principal destinatario, de quien espera cercanía y empatía.

En esta línea, partiendo de la idea de que los objetivos se han llevado a cabo con éxito, la presente tesis ha revelado que la memoria funciona como respuesta a la idea de Abad Faciolince de que toda la humanidad está condenada al olvido; se ha demostrado que, mediante la fomentación de la memoria y un uso correcto de esta, se puede alargar la llegada del olvido, lo cual sirve tanto a nivel individual como colectivo, y será la narrativa, en primera instancia, el vehículo para conseguirlo. Se ha demostrado, asimismo, que la

novela no busca ser un mero proyecto personal, sino uno que se aborda desde la comunidad: la escritura de la novela es un primer paso para la formación de una memoria social y cultural.

En el Capítulo I, se ha expuesto lo que significó la pérdida del padre para el autor-personaje Héctor Abad Faciolince. Se ha presentado una serie de rasgos del padre que lo hacían un modelo a seguir en un nivel íntimo, así como un héroe político social que luchaba por los más necesitados. Se ha manifestado que, debido a su activismo, en medio de un contexto de violencia política, su padre es asesinado de una manera cruel e injusta, violenta y sanguinaria, y este tipo de muerte lleva al personaje a realizar el ejercicio de memoria que es el libro. Asimismo, se ha desarrollado la noción del olvido, considerado por el autor-personaje como peligroso e inevitable; sin embargo, es posible alargar su llegada, y el camino que sigue el narrador para lograrlo, a nivel individual, es la escritura.

El Capítulo II se ha centrado en el proceso de escritura llevado a cabo por Abad Faciolince, pues este constituye el primer paso en su búsqueda por fomentar la memoria. Se ha visto cómo recién luego de casi veinte años, en los que vivió un período de melancolía, siguiendo conceptos freudianos, el narrador ha sido capaz no solo de escribir, sino de escribir bien. Se ha indicado la importancia que tiene para el autor que la escritura se muestre libre de excesivos sentimentalismos y sea controlada, ordenada y distante, en tanto representa la superación de la melancolía y el paso al duelo. Se ha recalcado que la escritura no es la memoria del hombre, sino tan solo es un medio para fomentarla y una fuente para hacer justicia. En el caso de Abad Faciolince, las palabras sirven para alargar por un tiempo más el recuerdo de su padre y para hacerle frente a los asesinos. Además, en este capítulo se manifestó la relación entre el proceso que vive el autor-personaje y la

terapia psicoanalítica: el narrador es capaz de reelaborar su estado inicial de resistencia, por lo que cuenta su verdad y elige el camino de la escritura para hacerlo. Como sucede con el psicoanálisis, no existe en Abad Faciolince una vuelta a su estado anterior, pues su padre no volverá a la vida, pero es capaz de superar el trauma y, una vez en el umbral, elabora una narrativa consciente.

En el tercer y último capítulo de la tesis se ha señalado de qué manera el proyecto de Abad encuentra complemento y cómo se muestra en la novela, en tanto apela a los lectores como receptores de su propuesta y, acercándose a ellos, busca encontrar a seres humanos con rasgos en común, que son capaces de sentir y, por lo tanto, son iguales. Se busca, de esta manera, el establecimiento de una memoria colectiva que cree comunidad, y no una cualquiera, sino una comunidad humanista, liberal y tolerante; serán los lectores quienes, sumándose al proyecto, serán capaces de hacerle frente al peligro del olvido, a partir de encontrar puntos en común con las experiencias que han leído. Del mismo modo, se ha ahondado en la figura de Héctor Abad Gómez como representante de la corriente humanista liberal que se busca fomentar y como caso especial que funciona como una especie de simbolización de todas las demás víctimas de la violencia. Por último, se ha propuesto que la novela, siguiendo a Todorov, es un ejemplo de memoria ejemplar, pues apela al pasado en tanto le permite elaborar una acción en el presente y su subjetividad es puesta al servicio de la sociedad.

La lectura cercana de la novela me ha permitido ir más allá de la superficie del texto y, de este modo, he podido realizar un análisis del concepto de memoria que funciona en ella. Si bien es cierto, en algunas ocasiones, las ideas no estaban presentadas de manera explícita, la lectura cercana ha hecho posible encontrar detalles en pasajes implícitos, así

como también ha permitido el desarrollo de ideas largas y complejas a partir del análisis de unas cuantas palabras e incluso de una sola. En líneas generales, mediante la lectura cercana se ha pretendido realizar un estudio que involucrara todo lo referente al tema de interés, es decir, al concepto de memoria, y ha permitido que ningún detalle al respecto quedara libre de análisis y discusión.

Asimismo, la lectura cercana ha encontrado en la teoría un gran complemento. Se ha podido establecer, mediante el diálogo entre novela y teoría, un vínculo entre una y otra. Algunas ideas propuestas en el desarrollo de la tesis requieren de un sustento teórico, y recurrir a Beverley, Butler o Jameson, entre otros, me ha permitido elaborar argumentos más sólidos. Del mismo modo, se ha podido demostrar que algunas propuestas del autor-personaje encuentran cercanía con postulados teóricos, tal como ocurre con Todorov, Jelin o Freud.

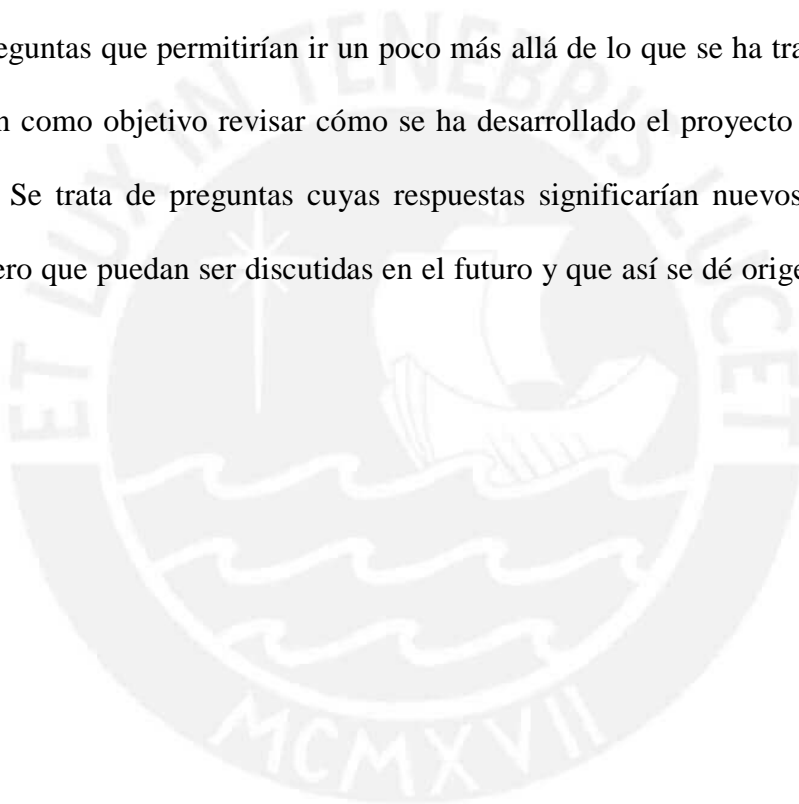
También ha resultado fundamental para el desarrollo de la presente tesis la utilización de elementos críticos. La inclusión, siempre de manera medida, de diversos estudios sobre *El olvido que seremos* ha permitido reforzar ciertas ideas propias, pues, al ir en la misma línea de mis propuestas, han servido de apoyo y complemento, o bien han aparecido como un polo opuesto y me ha permitido solidificar algún argumento mediante el contraste y la discusión. Del mismo modo, han resultado útiles para ahondar en el análisis de alguna cita de la novela.

Considero que lo que he mostrado en la presente tesis es importante en la medida en que apuesta por una novela poco estudiada, y contribuye a su difusión y a fomentar la realización de posteriores trabajos sobre ella. Como se mencionó en la introducción, *El*

olvido que seremos tuvo un buen recibimiento por parte de la crítica y, desde distintos portales académicos, se ha realizado una serie de estudios y análisis sobre determinados temas que aparecen en la obra, pero es una producción muy corta que consta de breves artículos, y esta tesis aparece en medio de estos trabajos como una producción de largo alcance que busca ser un primer paso para la elaboración de producciones académicas más elaboradas que aborden cualquiera de los diversos temas que se encuentran en la novela, no necesariamente el referente a la memoria. Además, algunas ideas de esta tesis podrán pasar a ser referencias y fuentes de apoyo para futuros investigadores o tesis sobre la novela.

Creo, además, que la presente tesis significa un aporte a los estudios sobre la memoria en Colombia, particularmente, donde es un campo en crecimiento. Tanto por sus elementos literarios como teóricos, pasa a formar parte de una serie de producciones sobre memoria, justicia y olvido que han aparecido allí en los últimos años. Sin embargo, creo que lo planteado en esta tesis es también importante para el estudio en otros contextos, en tanto Sudamérica, en líneas generales, se ha visto afectada a lo largo del siglo XX por conflictos armados, y la literatura no se ha mantenido ajena al tema. Resulta importante no dejar de lado este tipo de obras, pues son un modo de fomentar conciencia sobre los roles que puede cumplir la memoria a nivel social, y considero que el trabajo de esta novela resulta ejemplar dentro de una tendencia actual. Los casos de Chile, Argentina, Perú, entre otros, son un claro ejemplo de que la producción literaria en un contexto de posconflicto es vasta y hay mucho por trabajar. La elaboración de esta tesis es mi manera de aportar al campo y estoy confiado en que vendrán más estudios no solo sobre esta novela, sino sobre el rol de la memoria en distintas obras literarias de posconflicto.

Finalmente, cabe decir que el desarrollo de esta tesis ha tenido como efecto el surgimiento de nuevas preguntas para mí: ¿podrían establecerse vínculos entre la manera en que se aborda el tema de la memoria en *El olvido que seremos* y la forma en que lo trata alguna obra literaria peruana, por ejemplo? ¿Se encuentran más novelas de este tipo que apuesten por un proyecto a nivel comunidad? En caso de que sí, ¿dicho proyecto se encuentra dentro de la narrativa?, ¿en qué medida son equivalentes a la propuesta de Abad Faciolince?, ¿podría considerarse esta serie de producciones como parte de un mismo todo? En general, preguntas que permitirían ir un poco más allá de lo que se ha trabajado en esta tesis y tendrían como objetivo revisar cómo se ha desarrollado el proyecto en el contexto sudamericano. Se trata de preguntas cuyas respuestas significarían nuevos aportes en la materia, y espero que puedan ser discutidas en el futuro y que así se dé origen a una nueva investigación.



Bibliografía

- Abad Faciolince, Héctor. *El olvido que seremos*. Lima: Planeta Perú, 2014.
- Beverley, John. "Anatomía del testimonio." *Revista de crítica literaria latinoamericana* 25 (1987): 7-16.
- De Gamboa, Camila. "El caso colombiano: la transición fallida." *Las víctimas frente a la búsqueda de la verdad y la reparación en Colombia*. Ed. Guillermo Hoyos Vásquez. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2007. 69-82.
- Díaz, Victoria. "La muerte, la memoria y el olvido en escritos de Héctor Abad Faciolince." *Revista Virtual Universidad Católica del Norte* 43 (2014): 7-16.
- Escobar Mesa, Augusto. "Lectura sociológica de *El olvido que seremos*: de la culpa moral a la culpa ética." *Estudios de Literatura Colombiana* 29 (2011): 165-195.
- Fanta, Andrea. "Imágenes del tiempo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince." *Revista Letral* 3 (2009): 28-40.
- Freud, Sigmund. "Duelo y melancolía." *Obras completas XIV*. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amarrortu Editores, 1978. 235-258.
- . "Más allá del principio de placer." *Obras completas XVIII*. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amarrortu Editores, 1978. 1-62.
- . "Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)." *Obras completas XII*. Trad. José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amarrortu Editores, 1978. 145-157.

Jameson, Fredric. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*.
Barcelona: Paidós, 1991.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.

Montes, Mónica. Reseña de *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince.
Pensamiento y Cultura 10 (2007): 249-250.

Reyes, Fredy. “*El olvido que seremos* y *Mi confesión*: testimonio, memoria e historia.”
Comunicación y Ciudadanía 4 (2010): 24-30.

Roger, Julien. “Literatura e intertextualidad: *Varia imaginación* y *Desarticulaciones* de
Sylvia Molloy.” Trad. Antonio Rivas. *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones
críticas a la autoficción*. Ed. Ana Casas. Madrid: Iberoamericana, 2014. 227-245.

Souquet, Lionel. “Una autoficción «espectacular»: Pedro Lemebel y Fernando Vallejo.”
Trad. Susana Arroyo Redondo. *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la
autoficción*. Ed. Ana Casas. Madrid: Iberoamericana, 2014. 247-267.

Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Trad. Miguel Salazar. Barcelona: Paidós,
2000.

Vara Ferrero, Natalia. “Formulaciones paródicas al servicio de la autoficción: la propuesta
de Enrique Vila-Matas.” *El yo fabulado. Nuevas aproximaciones críticas a la
autoficción*. Ed. Ana Casas. Madrid: Iberoamericana, 2014. 209-225.

Vargas Llosa, Mario. “La amistad y los libros.” *El País*, 7 feb 2010. Web. 23 mayo 2017.
<http://elpais.com/diario/2010/02/07/opinion/1265497213_850215.html>

Vélez, Luz Elena. “La construcción del personaje del padre en *El olvido que seremos*.”

Trabajo de Grado de Maestría. Universidad EAFIT, 2013.

